
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LAS SÁDICAS DONCELLAS
RALPH BARBY

El chirrido de la tapa del ataúd, al levantarse, resultaba escalofriante. Sin embargo, la tapa se alzaba lentamente mientras varios pares de ojos la miraban de forma obsesiva. De un instante a otro aparecería lo desagradable, lo espeluznante, lo que provocaría el terror.



Ralph Barby

Las sádicas doncellas

Bolsilibros: Selección Terror - 51

ePub r1.1
Titivillus 08.02.15

Ralph Barby, 1974
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
Digitalización: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

Capítulo primero

El chirrido de la tapa del ataúd, al levantarse, resultaba escalofriante. Sin embargo, la tapa se alzaba lentamente mientras varios pares de ojos la miraban de forma obsesiva. De un instante a otro aparecería lo desagradable, lo espeluznante, lo que provocaría el terror.

Lino y Rita se hallaban frente al féretro, cogidos de la mano. Él notaba la crispación de los dedos femeninos sobre su carne, pero ninguno de los dos decía nada.

Una mano larga y huesuda, de largas uñas, asomó por el borde del ataúd, agarrándose a él. La luz roja pasó a violácea, todo se transformaba en derredor y al fin…

—Lino, tengo miedo. Huyamos de este castillo. No puedo resistir, me volveré loca, loca.

—Aguarda, hay que resistir y venceremos —dijo el atlético Lino, un francés de cabellos rubios y ojos azules.

El ser que había permanecido encerrado dentro del ataúd se incorporó.

Era una mujer de piel blanco violácea, abundantes cabellos negros y labios pálidos. Volvió su rostro hacia la pareja que constituían Lino y Rita y abrió la boca, asomando por ella dos largos y afilados colmillos.

—¡¡Linooo!! —chilló Rita, volviendo la cara, incapaz de mantener su mirada sobre aquel ser mitad bestia, mitad mujer, que emitió unos extraños gruñidos antes de lanzar un espeluznante alarido.

Se puso en pie dentro de su ataúd. Su cuerpo estaba cubierto por una túnica transparente que no lograba contener sus opulentos pechos, perfilando perfectamente las curvas de su anatomía.

De pronto, se hizo la oscuridad más absoluta. Una voz viril, bien timbrada, inquirió:

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, Peter, se ha ido la luz —replicó la ayudante de dirección.

Peter Wallace era el director de aquel filme que se rodaba en los estudios cinematográficos de Cinecittá.

Wallace estaba de muy mal humor. Procedía de la escuela de teatro de Nueva York y su ambición era hacer algo importante, pero tenía un bajón en sus contratos y había aceptado el contrato que su representante le había conseguido en Italia para rodar una multicoproducción europea donde cualquier conversación semejaba una auténtica Babel.

Pero, por aquellas fechas y a la espera de que algún promotor importante se fijara en él para darle un buen filme, rodaba aquella película de vampiros tratando de sacarle el máximo de jugo dentro de sus posibilidades, buscando planos y enfoques distintos, lo cual no resultaba nada fácil. Mas, en aquel momento ocurrió lo peor, la luz se había ido.

Burgallone, el promotor de la cinta, salió a oscuras y a trompicones de su despacho, estando a punto de romperse su cabeza exenta de cabello. Mascó su cigarro puro, maldijo, soltó algunas obscenidades y al fin preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—No hay luz, no podemos rodar. A ver si lo arregla y podemos seguir adelante con los vampiros —le replicó Peter, viendo en la situación una posibilidad de escapar de los estudios.

Al fin, se recibió una respuesta técnica de los estudios.

—Ha habido un pequeño incendio. Está sofocado, sin embargo, no habrá electricidad hasta mañana.

—¿Y el grupo electrógeno? —inquirió Burgallone.

—También ha resultado afectado. Mañana estará todo resuelto.

Burgallone, a la luz de las velas que debían de utilizarse en el filme de los vampiros, se echó las manos a la calva y gritó:

—Por la mía mamma, io estoy arruinado. Esto me va a costar moltos dólares, millones de liras. ¡Por la mía mamma y la mamma que parió al fuego!

—Tómeselo con calma —pidió Rita, la protagonista del filme—.

Nos haría falta un poco de descanso a todos. Luego, saldrá todo más fluido. ¿No es así, Peter?

—Pues sí. Debemos de dar gracias a la ausencia de la electricidad, todos necesitamos descansar.

Gina, la actriz que representaba a la mujer vampiro, se quitó los colmillos y suspiró profundamente antes de decir:

—Me estaba durmiendo dentro del ataúd. Cualquier día vais a esperar que salga y estaré dormida.

Marisa, la ayudante de dirección, con el bloc de notas en su mano y quitándose aquellas gafas que más eran un adorno que una utilidad, aunque quizá la protegían de la luz de los impertinentes focos, propuso:

—Creo que podríamos hacerle una visita a Carlo Manfetty. Se compró una casa o algo que se le parece en Arezzo.

Burgallone, el productor, gruñó:

—Carlo es un despilfarrador. Admito que es un guionista molto buono pero es vanitoso, molto vanitoso y cobra demasiado caro. Con razón se puede comprar palacios mientras io me arruino aquí, aquí en los estudios.

—No será tanto —le replicó Peter Wallace, el norteamericano intelectual que usaba una ligera barbita color cobre como su cabello.

—Es verdad —admitió Marisa—. Dentro de lo que cabe, Carlo ha hecho un buen guión. Estoy segura de que la película se venderá bien y por ello es justo que cobre lo que pide.

—Io espero que se venda molto o será mi ruina —se lamentó Burgallone, que era el que tenía el acento más italiano de todos.

Lino era francés y hablaba poco, él se cuidaba de estar guapo que era lo importante para su carrera de «latin lover».

Gina era italiana y hablaba correctamente. Rita Spencer era inglesa y Marisa, española, hablaba perfectamente varios idiomas.

—Podríamos ir a verle —aceptó Gina—. Desde que empezó el rodaje de la película no ha venido por aquí.

—Ni falta que hace —replicó agrio el siempre malhumorado Burgallone—. Quien dirige el filme es Peter y Carlo comenzaría a pedir esto y aquello. No, no y no, Carlo está bien en la sua casa o en ese palacio que se ha comprado.

—Yo no he dicho que fuera un palacio —rebatió Marisa—. ¿Qué

os parece si vamos a visitarle y le damos una sorpresa? Nos tomamos unas copas y dormimos allá. Si es una casa antigua, seguro que tiene muchas habitaciones.

—¿Tiene teléfono? —inquirió Burgallone.

—Seguro —respondió Marisa.

—Bueno, io aquí me pongo de molto mal humor. No puedo ver esto, no puedo verlo.

—¿Qué, os animáis los demás? —preguntó Marisa. Su mirada cálida buscó la de Peter, que era quien más le interesaba.

—Por mí no hay inconveniente, veremos la casa de Carlo. Últimamente tengo deseos de invertir y creo que las inmobiliarias son un buen negocio —objetó Lino.

—Por mí, de acuerdo —aceptó Rita a su vez—. Desde que llegué de Londres siempre estoy encerrada en los estudios y no me irá mal ver algo artístico.

—Yo también me apunto, pero hay que llevar el coche grande; se viaja mejor —dijo Gina.

—¿Y tú, Peter? No has dicho nada —insistió Marisa.

—Como ya tengo hechos todos los apuntes sobre el guión y sin luz no se puede intentar el montaje de lo que ya tenemos revelado, os acompaño. Tengo deseos de conocer a Manfetty, hablaré algunas cosas con él acerca del guión.

—Seguro que se está ambientando para escribir un nuevo guión por el cual luego me pedirá millones, moltos millones —se lamentó Burgallone.

—Si es bueno, tú se lo comprarás, porque luego harás millones pero en dólares —le apuntó Gina, tocándole la mejilla cariñosamente.

Burgallone, ante la proximidad anatómica de Gina, objetó:

—Hoy estás molto bella y, la verdad, te prefiero sin los colmillos.

—Si sólo son de plástico…

—Hum, no hay que fiarse nunca. Las mujeres siempre tienen moltos colmillos para los bolsillos de los hombres, claro que si te portas bien conmigo y eres buena ragazza, puede que tenga otro papel para ti en la próxima película que promocione.

—Oh, gracias. Yo sabía que eras mi padre.

—Cuidado, Gina, de padre nada.

Todos se echaron a reír.

Poco después, en un lujoso «Mercedes Benz» último modelo, rodaban por la autopista alejándose de Roma en dirección a Arezzo.

En el asiento posterior se había instalado Burgallone, entre las opulencias pectorales de Rita y Gina, la una rubia y la otra morena.

Lino se acomodó junto a la portezuela del asiento delantero. Marisa, la trigueña e inteligente española, quedó en medio, y al volante se colocó Peter Wallace.

Conduciendo, no dejaba de fumar y parecía algo ausente. Para él era un descanso alejarse de los estudios donde se rodaba el filme de terror.

Soñaba con un cine intelectual, pero le habían dicho que aquel lo proporcionaba muy poco dinero. Admitía que para llevar adelante una gran producción al estilo de las de Cecil B. de Mille o de las películas dirigidas por Otto Preminger, estaba algo verde todavía y le faltaba experiencia, por ello había que batallar y en la profesionalidad hallaría el camino para la realización de las grandes películas del futuro.

Marisa, que conocía Italia tan bien como España, Francia o Inglaterra, le indicó el camino a seguir para poder llegar a la casa de Carlo Manfetty, el guionista del *thriller* que estaban rodando.

El «Mercedes Benz» arribó a Arezzo en menos de dos horas.

Peter Wallace conducía rápido, pero con seguridad. La tarde era espléndida y llegaron a la ciudad entrando ya la noche, una noche clara y estrellada de principios de otoño.

La mansión que Carlo Manfetty se había comprado se hallaba al norte de la población y en un lugar solitario. Allí abundaban los monumentos de la civilización etrusca y edificaciones medievales que pudieron con templar con sus ojos Petrarca, Boccaccio o Dante Alighieri.

A Peter Wallace le agradaba el encuentro con la historia, la contemplación de lo estéticamente bello.

Marisa también estaba interesada en los monumentos artísticos de la capital toscana entre cuyas piedras crecían los retorcidos, centenarios y algunos de ellos, milenarios olivos.

Abandonaron la carretera en un punto donde no había edificación moderna alguna. A la derecha, al otro lado del asfalto, se levantaban los muros oscuros de lo que otrora fuera un convento

medieval de clausura rigurosa.

Los faros del auto enfocaron la verja de entrada del *casserolino* adquirido por Carlo Manfetty.

—Vamos, llama —pidió Burgallone, situado entre las dos bellezas—. Tengo hambre.

Al sonido repetido del estridente claxon, quien acudió fue un perro gran danés de pelaje negro y portentosa dentadura, ladrando amenazadoramente.

Peter insistió con el claxon y hubieron de esperar unos minutos antes de que apareciera un hombre caminando por un sendero alfombrado con arena de «ojo de perdiz» que crujía bajo su peso.

—¿Quién es? ¡Quite esos faros, no puedo verle! —gritó el hombre desde detrás de la secular reja que resistía los avatares del tiempo lo mismo que las piedras que componían el pequeño muro del *casserolino*.

—¡Carlo, somos nosotros, io, Burgallone! —respondió asomándose por una ventanilla y apoyando sus manos en las piernas totalmente al descubierto de Gina.

Esta no protestó y siguió fumando; debía mostrarse condescendiente si quería actuar en la siguiente película, aunque fuera de mujer-vampiro.

—Ah, en seguida abro. Perdonad, es que no tengo servicio. Vivo solo y no esperaba a nadie.

—Sujeta a tu perro —pidió Lino, el francés—. Si me hace una cicatriz, te demando.

Carlo Manfetty ató al gran danés con una cadena y dejó que el «Mercedes Benz» se introdujera en su morada.

—Hola a todos. ¿Qué os pasa, se ha terminado la película?

Carlo Manfetty era un cuarentón algo entrado en carnes, muy correcto y bien vestido, aunque ahora llevaba una elegante bata por cuyo bolsillo superior asomaba un pañuelo color púrpura.

—Marisa… Hola, Gina. ¿Qué tal, Rita?

Las chicas fueron respondiendo al saludo. Carlo también estrechó la mano de Peter Wallace y al final, clavó su mirada en Burgallone, quien dijo:

—Hemos venido a molestarte un poco, hasta mañana quizá. A alguien se le ha ocurrido que aquí estaríamos molto bene. Io no comprendo, esto es muy viejo y deshabitado. ¿Tienes teléfono?

—Pues sí, tengo teléfono.

—Ya es suficiente.

Peter tiró la colilla de su cigarro y estirando la mano, acarició la cabeza del gran perro que se había amansado al ver la confianza del amo.

—Ha habido un conato de incendio en los estudios —explicó.

—No se habrá quemado todo, ¿verdad? No he oído las últimas noticias.

—No, poca cosa —se apresuró a decir Burgallone—. Sólo nos hemos quedado sin electricidad hasta mañana, por eso hemos venido a verte. Alguien ha dicho: «Carlo está solo, molto solo; vayamos a hacerle compañía».

—Pues, adelante —invitó el escritor.

El *casserolino* resultaba austero dentro de lo artístico. Era de principios del gótico, con un amplio jardín amurallado alrededor, aunque no podía llamarse jardín a una tierra descuidada donde sólo crecían hierbajos, matojos y olivos que subsistían sin cuidado alguno.

Lino, con las manos en los bolsillos de su pantalón, gruñó:

—Esto es una porquería, Carlo. ¿Cómo te has dejado engañar comprando esta casa?

—Por lo menos tiene luz —objetó Burgallone, encogiéndose de hombros—. Por cierto, Carlo, podías haberme hablado de tu *casserolino*. Tiene posibilidades, ya lo creo que las tiene, para rodar aquí algunos metros del *thriller*. ¿A ti qué te parece, Peter?

—Pensando como usted, diría que sí, pero pensando por mí mismo, opino que es un sacrilegio.

—Además, no tiene mucha seguridad —añadió el propio Carlo —. Cuando caen cuatro gotas se humedece todo y me quedo sin luz porque hay cortocircuitos.

Haría falta cambiar toda la instalación eléctrica.

—Yo creo que así tiene más sabor. Por cierto, Carlo, has adelgazado mucho, tienes muy mala cara —observó Marisa.

Carlo, con un vaso de *whisky* escocés, se dejó caer en una de las butacas tapizadas en cuero y de alto respaldo que allí había.

—Agradezco vuestra llegada —confesó—. Vivo una situación desesperante, algo horrible y repugnante, y sé que al final tengo que morir.

—Toma, todos tenemos que morir —replicó Lino, que continuaba con las manos en los bolsillos y el mentón ligeramente alzado.

—Pero yo, a plazo corto y de forma violenta, y sé que será aquí, en este *casserolino* que compré un maldito día, sí, maldito, maldito…

Se irguió y arrojó el vaso de cristal contra el suelo pétreo, haciéndolo estallar en mil pedazos mientras su contenido salpicaba a los presentes.

Estos le miraron como si el escritor, lleno de tensiones, hubiera acabado por enloquecer. Sin embargo, Peter Wallace intuyó algo más, algo que ignoraba en qué consistía, pero que terminaría abocando a Carlo Manfetty a una muerte desagradable y violenta.

Capítulo II

Carlo Manfetty se sentó de nuevo. Su mano temblaba y todos seguían sin explicarse qué era lo que realmente le ocurría.

—Quizá trabajas demasiado últimamente —se atrevió a decir Marisa.

—Escribir historias de terror, a algunos los ha vuelto locos. El mismo Edgar Allan Poe murió alcohólico.

—Io te comprendo, Carlo, pero deja de hacer teatro porque no pienso soltar ni una lira más de lo que ya te he pagado.

—¡Cállese, cállese y váyase al diablo con sus malditas liras!

—¡Carlo, no te consiento estupideces!

—Calma, Burgallone —pidió Peter Wallace acercándose al escritor que, en ocasiones, podía parecer histérico y en otras, abatido, derrumbado.

—Amo a una muerta, ¿lo habéis oído? ¡Amo a una muerta!

Ante aquella declaración, todos quedaron perplejos. De pronto, Lino se echó a reír estúpidamente.

—Si sólo es eso…

Marisa intentó arreglarlo.

—Bueno, no eres el único hombre que ama a una mujer, pese a que la muerte se la haya llevado.

—No entendéis… Amo a una mujer que murió hace siglos, muchos siglos.

Ante aquella nueva declaración, Burgallone no pudo aguantar más.

—¡Ya está bien, Carlo! A mí no me pases las cuentas de tu psiquiatra si te has vuelto loco. —De pronto, puso cara de interesado y añadió—: Claro que podría ser que llegaras a escribir historias más fantásticas y las películas obtendrían un éxito mayor.

Gina acarició su propio cabello negro y ondulando las caderas, se acercó a Carlo Manfetty hasta sentarse en el brazo del sillón.

Hundió su mano en la nuca masculina, cosa que no gustó al promotor Burgallone.

—¿Y para qué irte a enamorar de una muerta, si somos tantas las vivas?

—Eso será que nos está tomando el pelo —farfulló Rita incrédula, haciendo un desplante.

—Está bien, lo veréis con vuestros propios ojos. Tomad candelabros y seguidme.

—¿Adónde? —preguntó Burgallone.

Peter intervino.

—Creo que desea mostrarnos algo importante. ¿No es así, Carlo?

—En efecto, algo que no se me hubiera ocurrido escribir a mí, algo que está al margen de la imaginación porque es una realidad diabólica. Seguidme con candelabros, abajo no hay electricidad.

Con tres candelabros de tres cirios cada uno, se internaron por una angosta puerta que conducía al sótano mediante una empinada escalera de granito.

—Tanto rodar películas de vampiros y vamos a encontrar vampiros aquí abajo —se rió Gina.

—A mí no me hace ninguna gracia —gruñó Lino—. Creo que ha sido una estupidez venir hasta Arezzo para visitar a un excéntrico como Carlo, que seguramente nos está gastando una broma.

—Lo malo será que no sea broma —suspiró Marisa.

El sótano era tan amplio y espacioso como lúgubre y sucio. Nadie quiso ni pensar qué cosas podían haber sucedido allá abajo durante el oscuro medievo.

—Salvo las ratas que puedan corretear, ¿qué más hay de interesante aquí?

—Cualquier cosa de éstas no es ni más ni menos que lo que reproducimos en el plato —rezongó Burgallone, escéptico.

Los candelabros eran portados por Lino, Peter y el propio Carlo que caminaba delante.

No dijo nada hasta detenerse ante un muro de ladrillo, reventado con una escarpa y un pesado mazo, de tal forma que por él podía pasar un hombre sin encogerse demasiado.

Aquella pared estaba entre dos grandes y ajados toneles que, por

podridos, ya nada podrían contener en sus enormes panzas.

—Oí hablar de la subasta de este *casserolino*. Los herederos de esta propiedad no querían ni verla, cosa que supe más tarde. En la mismísima subasta, a la hora de fijar el precio, todo el mundo se esfumó y me quedé solo frente al adjudicador. Me extrañé y quise marcharme, me confió que los propietarios del *casserolino* le habían dado órdenes de que podía rebajar el precio de salida a la mitad si no había compradores, ya que tenían prisa por cobrar, pues les vencían no sé qué deudas. Yo piqué, sí, mordí el anzuelo y me quedé el *casserolino*. Me pareció fantástico para ambientarme y escribir mis historias de terror, esas historias que a usted, Burgallone, le parecerán caras pero que en realidad no paga en absoluto. Cuesta mucho idear algo fantástico, que produzca miedo en el público y no risa, y usted lo sabe. Muchos productores han fracasado llevando a la pantalla historias de terror que sólo han hecho reír o dormir. Buenas, que produzcan desasosiego y terror, son difíciles de pagar y usted lo sabe.

—Está bien, está bien, admito que son buenas, pero ¿qué pasa con este muro?

Decías que el *casserolino* te lo habían vendido molto barato, por pocas liras.

—Habían leyendas sobre este *casserolino*, pero yo me pregunté: «¿Qué edificación antigua, con piedras sobre las que se ha escrito la historia de cualquier parte, no tiene leyendas de aparecidos?». No le di importancia y me instalé para comenzar a escribir una nueva historia de terror pero, al mismo tiempo, como escritor que soy, no pude contener mi innata curiosidad. Descubrí esta pared de ladrillos y me intrigó profundamente. Golpeé con el puño y comprendí que al otro lado podía haber una cámara que alguien se había encargado de ocultar y, a juzgar por los ladrillos, no sería más allá de un siglo.

»Tomé el coche y, con una extraña ansiedad en mi cuerpo, como si estuviera a punto de descubrir algo trascendental, quizá un valioso tesoro, me dirigí al centro de Arezzo y compré un mazo y una escarpa. Comencé mi tarea de perforación y no podéis ni imaginar mi alegría al descubrir que al otro lado del muro es taba vacío. Continué con más ahínco mientras un fuerte tufo me molestaba el olfato.

Tuve la sensación de estar en un panteón o algo por el estilo.

—¿Y has encontrado efectivamente un panteón familiar, Carlo? —inquirió Marisa.

—Seguidme y veréis lo que he hallado.

Rita dio un paso atrás.

—A mí no me gustan las sorpresas desagradables.

Si hay esqueletos o cosas de ésas, prefiero marcharme.

—Creo, chica, que si no nos sigues, te quedarás ahí sola —le dijo Lino con el candelabro en la mano.

Rita miró en derredor. La soledad de aquel sótano la asustó y prefirió seguir unida al grupo, pasando a través del hueco abierto en la pare d de ladrillos.

A las luces vacilantes de los candelabros, pudieron contemplar una sala casi circular. Allí había una escalera de mano, moderna, de las que se pueden adquirir en cualquier ferretería y luego, lo grandioso, estaba colgado de la pared.

—Son ocho cuadros —observó Lino.

—Ocho desnudos —concretó Gina.

—Desnudos del tamaño natural y, por cierto, de mujeres jóvenes y bellas —puntualizó Rita.

—Diablos, diablos. Te lo tejías molto callado, Carlo. Una galería pornográfica para ti solo…

—Esto no es pornografía, Burgallone, esto es arte puro —objetó Peter con entusiasmo.

Acercándose a uno de los cuadros, buscó la firma sin hallarla.

—Son de autor desconocido, pero no hay que dudar de su antigüedad —concretó Carlo.

—Las mujeres son distintas —dijo Marisa—. ¿De cuál de ellas te has enamorado, Carlo?

—Fijaos, fijaos bien —pidió con voz quejumbrosa—. Cuatro de ellas sonríen abiertamente, se las ve satisfechas.

—Es cierto —admitió Peter—. En cambio, las otras parecen graves, molestas.

—Eso es, esperan.

—Y a ti, ¿cuáles te gustan más, Carlo? ¿Las que sonríen o las que *están* serias?

—Ironizó Gina.

—Os lo tomáis a broma y, maldita sea, que esto es algo

espantoso y sé que ya no puedo escapar a su influjo.

—Vamos, vamos, Carlo, menos teatro —rezongó Burgallone—. Aquí todos somos de la profesión.

—Creed lo que os dé la gana, pero esto es más diabólico de lo que imagináis.

Se acercó a una de aquellas bellezas, tan rigurosa como artísticamente pintadas. Podía percibirse incluso el tono azulado de las venas bajo aquellas pieles que debían de ser sedosas.

La mujer frente a la cual estaba Carlo Manfetty era una de las que tenían una expresión seria, grave. Su cabello era abundante, trigueño; sus ojos grandes.

—Los nombres de estas bellezas son Francisca, Ana bella, Verónica, Bertrana, Marialida, Sofía, Julia y Ruth. Las cuatro primeras son las que sonríen y ésta es Marialida, la extraña criatura que me ha embrujado y cuando me lleve con ella, cuando yo caiga muerto, sonreirá como sus predecesoras.

—¿Quieres decir que cambiará la forma de su boca en el cuadro? —preguntó Peter.

Burgallone masculló:

—lo no lo creo, es una tontería.

—Escuchadme, escuchadme bien.

Se hizo un impresionante silencio en torno a Carlo; podían oírse las respiraciones de los presentes. Hasta aquel lugar tan recóndito del *casserolino* no llegaban los ruidos del exterior. Era como si la civilización hubiera desaparecido o sucumbido bajo un satánico poder, como si hubieran cruzado una extraña barrera y se hallaran en un mundo desconocido y oscuro.

—Comencé a investigar sobre quiénes podían ser estas hermosas mujeres, pues no parecían obra de la imaginación de un pintor y todo lo que he averiguado lo he dejado escrito arriba, en un diario que llevo. En principio, debo admitir que investigué con la intención de sacar de aquí un buen guión de terror, pero luego, mis hallazgos me apasionaron tanto que olvidé el guión, aunque lo anoté todo.

—Yo veo que son mujeres hermosas, pero no observo nada diabólico en todo esto —objetó Marisa.

Carlo Manfetty siguió explicando:

—Quise descifrar el misterio de por qué las unas sonreían y las

otras no. Por ello, bajé la escalera de mano y subido a ella, escruté sus rostros de cerca. La primera vez que lo hice, sentí un escalofrío, era como hallarse ante un rostro vivo.

Tuve la impresión de que los brazos de la mujer iban a despegarse del cuadro para abrazarme y, la verdad, sentí miedo, no puedo negarlo.

—¿Miedo de unas mujeres? —preguntó Lino.

—Sí, porque yo ya sabía quiénes eran ellas. Lo que os digo no es imaginación, es auténtico. Cuando estuve subido a la escalera, en principio rehuí los ojos de la mujer pero, al fin, cuando los miré, me quedé anonadado. La bella joven sonreía mientras en sus pupilas podía ver lo que ella debía de contemplar: la imagen de un hombre vestido como en el medievo, colgado por el cuello. Ese hombre era el pintor que hizo estos óleos, por lo menos eso es lo que cuenta la oscura leyenda en cuanto se refiere a los hechos posteriores a la muerte de las ocho jóvenes.

—No puedo creer que en esos ojos haya pintado un hombre ahorcado, no cabe —objetó Peter.

—Sube, sube a la escalera que está situada frente a la del pintor ahorcado y te convencerás.

Peter aceptó el reto y se encaramó a la escalera hasta que su rostro quedó frente y a la misma altura del rostro del cuadro.

No dijo nada, pero también experimentó algo desagradable, aunque no sabía de qué se trataba. Deseó bajar de la escalera y apartarse de aquel cuadro, pero aguantó y miró a los ojos que desde abajo no se veían con fidelidad, pu esto que los lienzos pendían de la pared, separados del suelo como un metro.

Escrutó las pupilas y vio con claridad a un hombre colgado de una viga. Vestía una especie de túnica de lana blanca y tenía las manos sueltas. No había sido ejecutado, si no que se trataba de un suicidio. Ni siquiera sus pies estaban atados ni su cabeza cubierta por capuchón.

—Es cierto, Carlo tiene razón. Parece increíble, pero con una minuciosidad que da que pensar, aquí está el retrato del hombre ahorcado.

—Ya os lo había dicho, podéis mirarlas a todas.

Las demás que sonríen también tienen en sus ojos una; visión macabra: La una tiene un tonel rebosante de agua por el que asoma

la cabeza de un hombre ahogado. La otra muestra a un hombre con la cabeza cortada. En la cuarta se ve a un hombre envuelto en llamas.

—Pues el pintor era muy macabro —rezongó Lino.

—Y muy desagradable —añadió Marisa, estremeciéndose.

Peter miró a Carlo y preguntó:

—Tú no crees que fuera el pintor, ¿verdad?

—Es que no lo fue. Eso ha aparecido después, lo mismo que las sonrisas.

—Yo me voy. ¿Quién me acompaña? No creo ni una palabra de toda esta patraña —replicó Rita.

Nadie se movió. Carlo, con su historia fantástica, había conseguido atraer la atención de todos. De pronto, señaló a la que había nominado como Marialida y dijo:

—Ella aún está seria, pero ya tiene la visión de la nueva víctima en sus ojos. En ellos hay un hombre con el rostro manchado de sangre y lleno de mortales heridas. Trágicamente, ese hombre, aunque difícil de reconocer, soy yo.

Lino carraspeó. Rita ya estaba cerca del hueco abierto en la pared de ladrillos que había ocultado aquellas pinturas durante largo tiempo.

—Carlo, lo que tú necesitas es un médico, un médico molto bueno y todo se arreglará.

—No estoy loco, Burgallone, todo lo que digo es cierto. Pensé en huir, pero comprendí que no escaparía a mi destino. Marialida está seria, y cuando yo muera sonreirá como las otras cuatro. Sólo faltarán tres por sonreír…

De pronto se produjo un viento helado que nadie supo de dónde pudo salir y las llamas de los candelabros se apagaron.

Rita y Gina chillaron asustadas.

Burgallone masculló alguna obscenidad y Marisa se agarró al brazo de Peter, quien puso su mano libre sobre ella mientras con la otra sostenía el candelabro, ahora apagado.

Por encima de todos, un alarido de muerte retumbó en aquella sala subterránea con piso de granito. Luego, unos gritos agónicos y espeluznantes les sobrecogieron.

Se escuchó un golpe sordo, algo que caía al suelo. Después, unos estertores.

Peter exigió:

—¡Basta, basta, silencio!

Encendió las velas de su candelabro con el mechero, y al hacerse de nuevo la luz, descubrieron a Carlo Manfetty tendido en el suelo, con el rostro ensangrentado.

Algo punzante, con mucha fuerza, le había inferido mortales heridas que lo habían desfigurado de forma espantosa.

Gina, Rita y Marisa quedaron quietas como estatuas, sin saber qué hacer, y todas las miradas convergieron en Lino, que mostraba un garfio en una mano mientras con la otra sostenía el candelabro apagado.

Aquel garfio grueso goteaba sangre, sangre roja y fresca, sangre todavía caliente.

De inmediato, Lino comprendió lo que ocurría y soltó el garfio, apresurándose a decir, tartamudeante:

—¡Yo no he sido, lo juro, esto estaba en el suelo, sólo he hecho que recogerlo!

—¡Mirad, el rostro de Marialida ya sonríe! —exclamó Peter Wallace.

En efecto, aquel rostro pintado al óleo hacía siglos había cambiado de expresión: ahora sonreía.

Gina cayó desmayada como si se tratara de un fardo y Rita chilló hasta que sus cuerdas vocales no dieron más de sí y el grito se ahogó.

Burgallone quedó lívido y el cigarro escapó de su boca mientras Marisa, sintiendo doblarse sus rodillas, se agarraba al brazo de Peter nuevamente, para no caer.

CAPÍTULO III

Peter Wallace acercó la escalera de mano a la doncella que Carlo había dado en llamar Marialida.

Despacio, peldaño a peldaño, subió por la escalera y al fin se enfrentó con la imagen que ahora sonreía.

Nadie, excepto él, se había atrevido a aproximarse tanto a aquellos rostros que creían endemoniados, como poseídos de una extraña vida, pues al mismísimo Peter le dio la impresión de que aquella mujer respiraba, que su aliento fétido le abofeteaba la cara.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no saltar de la escalera; aquello hubiera significado la espantada en los demás, que estaban predispuestos a salir corriendo. De simple historia terrorífica, la situación había cambiado al crimen horroroso de Cario Manfetty, el escritor de guiones de terror.

Acercó la luz de las velas al rostro del cuadro y escrutó aquellos ojos.

En ellos, como un retrato de la más rigurosa perfección, sólo alcanzable en fotografía y con cámaras y películas de profesionales, pudo ver al hombre caído sobre el suelo pétreo.

Llevaba una bata y su rostro estaba ensangrentado. No le cupo duda alguna de quién era.

Descendió de la escalera. Todos le miraban, esperaban que dijera algo y al fin lo hizo.

—Es cierto. En los ojos de esa maligna doncella está el retrato de la muerte violenta de Carlo. Parece imposible que desde aquí abajo no pueda verse, que no cambie la mirada sonriente, pero si se acerca uno a lo alto, puede observarlo perfectamente. Carlo tenía razón.

—¡Yo me voy, yo me voy! —chilló Rita, histérica, mientras Gina

volvía en sí, pálida y temblorosa.

—Io no creo en fantasmas. Io, a los demonios, los meto en el celuloide y los vendo. Lino, sí; Lino es el asesino.

—¡No le creáis! ¡Yo sólo he recogido el garfio del suelo, lo juro! —insistió, mirando a unos y a otros, ansioso de que le creyeran.

—A la policía le va a gustar esto: Cineastas que están rodando un filme de terror llevan a la práctica su propio *thriller* particular y uno de ellos, el escritor, es bárbaramente asesinado. La gente es muy morbosa, Burgallone, y quizá la película se venda mejor.

—No digas esas atrocidades, Marisa —le pidió Peter—. Esto es grave. Carlo ha muerto asesinado y alguien tiene que haber sido. Es muy posible que Lino no sea el homicida, pero, si no es él, deberá de ser otro.

—Io creo que es mejor discutir todo esto arriba y pensar molto antes de llamar a la policía. Nos meteremos en un lío.

Peter miró a las tres doncellas que aún permanecían serías en sus lienzos y objetó:

—Sería curioso escrutar las pupilas de las tres que faltan por sonreír.

—¡Yo no miro! —se apresuró a exclamar Lino—. Me voy, aquí siento hasta náuseas.

—De acuerdo, vayamos arriba —aceptó Peter.

Abandonaron la extraña sala, dejándola a oscuras y con el cadáver de Carlo Manfetty tendido sobre el suelo pétreo, sin que nadie lo hubiera tocado.

Incluso el garfio yacía en el suelo tal como quedara después de que Lino, espantado y sintiéndose acusado del horrible crimen, lo soltara de su mano.

Llegaron a la escalinata y por ella regresaron a lo alto del *casserolino*.

Se detuvieron en el salón donde Carlo les recibiera. Allí había un ligero fuego en el hogar. Afuera, el perro, como si presintiera la tragedia, aullaba lastimero.

—¡Maldita sea la hora en que se te ocurrió proponernos venir aquí, Marisa! —le espetó Rita.

—Yo creo que lo mejor es olvidamos de todo y regresar cuanto antes a Roma —propuso Lino.

—Io creo que es una tontería. La policía terminará descubriendo

el cadáver y averiguará que estuvimos aquí la noche del crimen.

—Seguramente, tus huellas han quedado impresas en el garfio de hierro, Lino.

¿Qué crees que haría la policía si tuviera el arma del crimen con tus huellas dactilares en ella?

—¡Yo no he sido, puedo jurarlo! ¡Ninguno de vosotros ha visto que lo asesinara, nadie es testigo! —se apresuró a puntualizar, nervioso.

—Claro, no había luz —gruñó Burgallone—. Io no voy a denunciarte, no sé qué *vendetta* tendrías contra Carlo, porque si te meten en la cárcel me arruinan la película.

—Yo también me inclino a pensar que no ha sido Lino —observó Peter, caminando hacia el fuego y deteniéndose ante él, como buscando la verdad entre las brasas rojizas mientras daba la espalda a los demás.

—¿Quién ha sido entonces? —preguntó Marisa—. ¿De veras crees que ha sido la doncella del cuadro? Es un óleo, simplemente, y muy antiguo.

—Pero ha cambiado la cara seria por una sonrisa —insistió Gina —. Todos lo hemos visto.

—Puede ser un truco —objetó Burgallone—. Io he visto moltos trucos en mi vida y los empleo en mis filmes. Cualquiera que vea la película que estamos rodando pensará que los colmillos que usa Gina son de verdad.

—¡No me hables ahora de vampiros! —protestó Gina, estremeciéndose.

—Creo que debemos de aclarar lo ocurrido antes de llamar a la policía, porque a buen seguro no nos van a creer —propuso Peter.

Marisa objetó:

—Pero verán lo mismo que tú has descubierto en los ojos de ellas.

—Habláis como si «ellas» estuvieran vivas —protestó Rita.

—Como se cuenta en las historias de Poe, no estaba viva, pero tampoco muerta. ¿No es también esa la situación de un vampiro?

—¡No quiero ni oír hablar de vampiros! —rugió Gina, estallando en un violento y súbito llanto.

—¡Esto me pasa por laborare con gente loca, molto loca! —protestó Burgallone, abriéndose de brazos y quedando patente que

los tenía extraordinariamente cortos.

Burgallone era la antítesis anatómica de Lino. Peter era distinto a ambos, un hombre más humano en todos los sentidos.

—No sé lo que pasa, pero yo no he sido —insistió Lino—, y mejor me marcho.

—No te irás a ninguna parte —le advirtió Peter, cuando ya el actor se dirigía en busca de la puerta mientras seguían teniendo como fondo los ladridos lastimeros del gran danés negro, encadenado al muro.

—¿Quién me va a impedir que me marche?

—Si te vas y viene la policía, tú serás el principal sospechoso. Tus huellas están en el garfio y todos te hemos visto. Atiende, es mejor que busquemos esos apuntes de Carlo y descubramos la verdad. Luego, con más conocimiento de causa, podremos avisar a la policía para explicar lo que seguramente no creerán.

Si no conocemos la historia, si no logramos descifrarla, apareceremos delante de la policía, del mundo entero, no como unos excéntricos, sino como locos de cuidado a los que hay que encerrar, y el que no vaya al manicomio irá a la cárcel.

—Nos pueden acusar de haber llevado a cabo algún rito maligno, y eso nos traería problemas, muchos problemas —dijo Peter, tratando de ser convincente.

—¡Yo no estoy ni un minuto más en esta casa! —advirtió Rita.

Se levantó de la butaca, dirigiéndose resuelta hacia la salida. Todos la vieron alejarse y la oyeron abrir la puerta. Luego, lanzó un grito y regresó a la carrera.

—¡Creo, creo que había alguien en el jardín; puede ser el asesino!

Todos corrieron hacia el exterior, pero el jardín, iluminado por un radiante plenilunio, estaba vacío salvo la presencia del gran perro danés, que ladró más fuerte al verlos.

—Creo que tu vista te ha jugado una mala pasada, Rita. De haber alguien, el perro hubiera ladrado más fuerte, como ahora lo hace —aseguró Peter.

—Creed lo que queráis, pero yo lo he visto y ahora me marcho en el coche.

—El coche es mío —mascculló Burgallone, subiendo también al vehículo.

Lino se apresuró a acomodarse detrás, pero algo debía ocurrirle al motor, pues no hubo forma de ponerlo en marcha.

—¡Io no entiendo, no entiendo, antes iba bien! ¡No puede haberse bajado la batería!

—Será que las doncellas de las pinturas no quieren que las abandonemos tan pronto —observó Peter.

—Alguien tiene que ir a buscar a un mecánico —gruñó Burgallone.

Nadie se ofreció voluntario. Lino opinó:

—Se puede pedir uno por teléfono. Este *casserolino* tiene teléfono.

—De acuerdo, regresemos a la casa.

Dejaron el coche afuera y se internaron de nuevo en la lúgubre edificación. Sus paredes resultaban frías pese al fuego del hogar, y un moho oscuro y negruzco aparecía en muchos rincones; era viscoso, resbaladizo, Burgallone anduvo directamente hacia el teléfono. Descolgó el auricular y se llevó la desagradable sorpresa.

—No hay línea.

—Quizá es que Carlo se olvidó de pagar sus facturas.

Marisa intervino, algo airada:

—Lino, tus bromas, en estas circunstancias, son de mal gusto. Carlo está abajo muerto y tú, tú precisamente, tenías el garfio en la mano.

—¡Esto es el colmo! —chilló—. ¿Os habéis propuesto convertirme en el asesino de tumo?

—Esto no es un rol —cortó Peter Wallace.

Burgallone colgó el auricular con un fuerte golpe.

—Alguien tendrá que salir en busca de un mecánico.

—Creo que será mejor esperar a mañana —sugirió Marisa—. Afuera está todo solitario. En esta zona de la ciudad no vive nadie, aquí sólo hay monumentos etruscos y edificaciones góticas, abandonadas o semiabandonadas. Ahí, al otro lado de la carretera, está el convento de clausura, que parece aún más tenebroso que este *casserolino*.

—No me digáis que tenéis miedo de salir para buscar un mecánico. Con hacer autostop, listos.

—Pues búsquelo usted mismo —replicó Peter.

—¡Si vuelves a hablar así, te despido!

—Hágalo, será un descanso para mí. Después de todo, cobraré lo mismo según está estipulado en el contrato.

—¿Cómo, serías capaz de dejar la película a medias?

—¿Y a mí qué diablos me importa su película? Deje de mandarnos como si fuéramos animalitos. Si el coche no funciona, es suyo, y si quiere un mecánico, salga a buscarlo o si no, espérese a mañana.

Ante aquellas expeditivas palabras de Peter Wallace, Burgallone resopló, pero no permitió que lo que estaba pensando escapara por su boca. La situación ya se había complicado demasiado.

—Lo mejor sería buscar los apuntes y el diario de Carlo como ha sugerido Peter —propuso Marisa.

—Sí —asintió el propio americano—. No debemos olvidar que Carlo está muerto abajo y que más tarde o más temprano la policía comenzará a investigar.

Francamente, no deseo verme envuelto en un lío.

—Busquemos entonces —exclamó Gina, ya más serena.

Comenzaron a buscar en los muebles. En la decoración no había ningún elemento que resultara moderno, todo era austero, casi ascético. Muebles negros, cubiertos de polvo, ajados por el tiempo.

Las vigas de los techos estaban sucias; en ellas debían de anidar gran variedad de insectos.

En una pequeña estancia, contigua al saloncito, Marisa descubrió una escribanía antigua, quizá, por lo ajada, carente de valor.

En ella habían papeles escritos, una máquina de escribir portátil y otros útiles de trabajo para un escritor, como un diccionario de sinónimos y otro de Mitología.

—Aquí, aquí debe de estar.

A las voces de Marisa, todos se reunieron en la pequeña estancia cuya única luz era la que el propio Carlo Manfetty había instalado en el escritorio mediante un largo cable.

Era una lámpara de pinza, pero de suficiente potencia.

Dejaron que Peter tomara el asiento de Carlo; se le consideraba el más intelectual del grupo, el más óptimo para descifrar lo que el escritor había anotado referente a sus descubrimientos.

El diario era amplio y grueso. Para un escritor de fértil imaginación como era Carlo, un diario pequeño resultaba

inservible, ya que las palabras brotaban de su mente, pasando a sus manos con una gran fluidez, incontenibles como el nacimiento de un río.

—Vamos, no leas para ti, hazlo en voz alta —exigió Lino, nervioso.

—De acuerdo, pero creo que todo esto nos va a parecer fantástico.

—Sea lo que fuere, será mejor conocerlo. Después de todo, como has dicho, la policía nos hará preguntas, muchas preguntas.

Todos quedaron atentos y Peter Wallace comenzó a leer cuanto Carlo Manfetty había descubierto antes de ser asesinado en la sala subterránea de las doncellas desnudas.

CAPÍTULO IV

«Lo que a continuación expongo son los hechos verídicos tal como me han sido contados en mis investigaciones, realizadas en los archivos de la diócesis de Arezzo, alcaldía de la ciudad y archivos de la orden religiosa de clausura a la que pertenece el convento que se halla frente al *casserolino*, al otro lado de la carretera que un día ya lejano, en los siglos trece y catorce, fue el camino real de la Toscana a la Ciudad Eterna.

En la década de los años mil trescientos setenta hubo ocho doncellas de puro linaje, hijas de caballeros importantes de la ciudad de Arezzo, que habían sido escogidas por su juventud y belleza para desposarse con nobles cruzados centroeuropeos que avanzaban por los caminos reales de Italia, pasando por Arezzo, en dirección a Roma, para implorar la bendición del San to Padre y proseguir luego viaje hasta Nápoles, donde embarcarían para la reconquista de Tierra Santa.

Las ocho doncellas, cuyos nombres de pila son Francisca, Sofía, Anabella, Julia, Marialida, Verónica, Ruth y Bertrana, fueron sorprendidas en el bosque llamado de los Gatos en noche de plenilunio, danzando desnudas y practicando extraños sortilegios que no quisieron explicar.

Se creó la consiguiente alarma entre las familias de las ocho doncellas que, según se comentaba, se entregaban a la adoración de Satanás, invocando su protección y favores diabólicos, y fueron recluidas con gran discreción en el convento de clausura anteriormente citado.

Los rumores que en su día corrieron acerca de tales hechos fueron cortados con extrema dureza, y drásticos castigos de flagelo se aplicaron a quienes hicieron comentarios al respecto por parte de

las familias afectadas.

Pasó el tiempo y la ciudad de Arezzo comenzó a olvidar los extraños hechos de tan importantes doncellas que continuaban encerradas en el convento de clausura. Se negaron a tomar hábitos y rechazaron también la boda con los cruzados que en su día arribaron a la ciudad.

Estos, sintiéndose afrentados, amenazaron con represalias, pero sus cóleras fueron aplacadas con arquetas repletas de joyas. La Iglesia tenía en observación a las jóvenes para dictaminar en consecuencia, pues se las consideraba impuras y manchadas por el pecado.

El comportamiento de las jóvenes fue pésimo dentro del convento, provocando continuados incidentes entre las monjas de clausura allí residentes.

Un día, la situación se agravó. La hermana encarga da de vigilar a las doncellas recluidas a la fuerza fue hallada en estado agonizante tras haber sido torturada en medio de extraños ritos llevados a cabo por las jóvenes en una de las celdas, de la que previamente fue borrado todo vestigio de religiosidad cristiana.

Los terribles sucesos fueron comunicados a Roma y no tardaron en ser excomulgadas las ocho doncellas que hacían burla y escarnio de cuanto, por su condición de cristianas, debían de venerar.

Además de la excomunión, se las sentenció a la reclusión de veinte años en las celdas ubicadas en los sótanos del convento.

Un aciago día, cuando llevaban más de un año de riguroso encierro, las ocho doncellas entregadas al culto de Satanás consiguieron escapar de sus celdas, asesinando salvajemente a tres monjas celadoras y haciendo escarnio de su condición antes de arrancarles la vida.

Huyeron del convento, pero, avisada la guardia del gobernador, fueron perseguidas y halladas a las pocas horas. Detenidas, fueron juzgadas como sus actos merecían. Las familias afectadas repudiaron a sus hijas, exigiendo los máximos castigos.

La sentencia para las ocho fue la horca, y comoquiera que dentro del convento no podía aplicarse tan severa pena, fueron sacadas en un oscuro amanecer otoñal y llevadas hasta el *casserolino* llamado de la Bettola para que las ocho penas capitales fueran cumplidas.

Las doncellas, ante la sorpresa e indignación de los escasos presentes, ya que la ejecución no fue pública para el pueblo de Arezzo, renegaron de su condición de cristianas. Se rieron de la excomunión y vocearon que Satanás las había escogido por su belleza para la caída y muerte de cuantos varones se fijaran en ellas. Que aunque sus verdugos se empeñaran, jamás morirían, porque el poder de Satanás era superior al de los hombres que las condenaban.

Las jóvenes fueron ahorcadas y luego sepultadas en secreto para que nunca se supiera de ellas y fueran totalmente olvidadas.

Todos los datos históricos consultados coinciden en que las ocho doncellas eran tan jóvenes como bellas, y tan bellas como sádicas, sedientas de la sangre y el dolor del prójimo.

A continuación paso a narrar extractos de las leyendas que se han tejido en boca del pueblo alrededor de las ocho doncellas ejecutadas en el *casserolino* de la Bettola.

Se cuenta que cada año, cuando se cumplen fechas de sus crímenes, fugas, captura, juicio y ejecución, las ocho doncellas abandonan sus tumbas en paradero ignorado y cumplen sus juramentos torturando y asesinando a quienes escogen como víctimas para sus satánicos sacrificios.

El convento de clausura fue perdiendo importancia, ya que las hermanas de la orden preferían recluirse en otros lugares. No se sabe nada de lo que ocurría dentro del convento, pero las muertes menudearon año tras año, pese a que el pueblo no se enteraba de ellas, pues las monjas tenían sus propios nichos dentro del recinto.

Sin embargo, debido al reducido número de monjas ya residentes y a la petición continuada de sus familiares, el convento terminó por ser deshabitado, aunque quedando siempre en propiedad de la orden religiosa de clausura.

En algunas épocas de guerra fue utilizado como cuartel militar y se cuenta que entre los soldados sucedieron hechos extraños, apariciones de mujeres hermosas y soldados bárbara e inexplicablemente asesinados, ya que el enemigo no estaba cerca.

Un oscuro pintor holandés llegó a Italia para admirar la obra de los grandes maestros del Renacimiento y se aposentó en el *casserolino* de la Bettola, pues tuvo conocimiento de la historia de las ocho doncellas de Sataná s.

Se cuenta que se le aparecieron, y corriendo el peligro de ser asesinado bárbaramente, les propuso inmortalizarlas en artísticas pinturas.

Ellas le perdonaron la vida y posaron para él. El holandés las pintó, aunque hubo de aguardar varios años para conseguir los ocho lienzos, puesto que las doncellas sólo abandonaban sus tumbas secretas para recordar las fechas en que fueran condenadas y ejecutadas.

Como le prometieron la vida, ellas cumplieron su palabra. Sin embargo, el pintor enloqueció y fue hallado ahorcado dentro del *casserolino*.

Sus pinturas trataron de ser vendidas, mas nadie las compró. Parecían cobrar vida y fueron malditas. Se intentó quemarlas en una fogata hecha en el jardín del *casserolino* y no ardieron. Después, ya no se volvió a hablar de ellas, aunque todo esto son leyendas sin ninguna rigurosidad histórica, pues no existe documentación alguna al respecto.

Otros extraños crímenes ocurrieron entre quienes habitaron el *casserolino* de las doncellas, puesto que dejó de llamarse de la Bettola.

La leyenda habla de la última muerte ocurrida en la persona de un inglés que compró el *casserolino* en el año mil novecientos veintidós.

El inglés, que habla dicho que se hallaba de paso, se quedó más tiempo de lo normal en Arezzo. No hizo reforma alguna en el *casserolino*, del que cada vez salía menos.

Acabó convertido en un alcohólico, y un infausto día, al querer marcharse a toda prisa, se estrelló con su coche contra el muro del jardín por su parte interior. Sus restos fueron rescatados ya totalmente carbonizados…».

—¡Ese último hombre es el que se reflejaba en los ojos de una de las doncellas, el que estaba envuelto en llamas!

La exclamación de Marisa rompió la lectura del relato que Carlo Manfetty dejara escrito tras recoger datos en los lugares más diversos sobre la historia de las ocho doncellas, del *casserolino* y del convento de clausura.

—¡No puede ser, todo son historias, leyendas de brujerías! —replicó Rita.

—Peter, sosteniendo el diario en su mano, miró a todos y dijo:
—En este diario hay muchos datos más sobre esas doncellas ejecutadas hace seis siglos. Vayamos abajo, a la sala de los cuadros, y comprobemos cuanto podamos.

Tras la proposición del americano, se produjo un denso silencio. Todos los rostros estaban pálidos, le miraban con sorpresa e incredulidad.

El ambiente, además de húmedo y cargado de hedor, se había hecho denso, irrespirable.

De pronto, el gran perro danés, que seguía encadenado afuera, ladró con fuerza y segundos más tarde aulló de miedo.

CAPÍTULO V

A regañadientes, y pese a que deseaban salir del *casserolino*, todos siguieron a Peter Wallace, que, con el candelabro en la mano, abrió camino de regreso al sótano.

—Todo eso son tonterías —gruñía Burgallone—. Io no creo en ragazzas muertas que retoman a este mundo.

—Me parece que lo mejor sería marchamos y olvidarlo todo —propuso Lino, muy preocupado por haber sido él quien quedara con el arma homicida en su mano.

—Yo opino como Peter —dijo Marisa—. Es mejor aclarar las cosas.

—Sea lo que sea, acabemos de una vez. Si no fuera por la muerte de Carlo, todo esto sería muy interesante.

—Por Dios, Gina, no digas barbaridades. Nunca me han gustado las brujas.

—Vaya, Rita, no sabía que fueras supersticiosa.

—Hay muchas cosas en este mundo que no tienen explicación racional, y l as historias de muertos y asesinatos no me gustan en absoluto.

—¿Por qué aceptaste entonces el papel en la película de terror? —le preguntó Peter.

—Porque no me proponen otra cosa y hay que hacer algo para que a una la vean en pantalla.

—Sí, y sobre todo como en la escena de la cama. Cuanta menos ropa, mejor —rezongó Lino.

—Lo que pasa es que tienes celos porque se supone que en esa escena todos los espectadores estarán pendientes de mi.

—A ver si os calláis de una condenada vez o, por lo menos, hablad como cuando os ponen un micrófono en la boca para la

radio o la televisión: «Rita es mi mejor amiga; Lino es un compañero sensacional» —remedó Peter.

—¡No te burles!

—No, si quienes os burláis de la gente sois vosotros. Callad y no discutáis más.

Esto es serio. Un amigo ha muerto y todos estamos metidos en el lío. Me temo que a la policía le va a costar creer la historia de las doncellas sonrientes.

Se detuvieron frente al muro semirreventado y que alguien levantara un día para aislar aquellas malditas pinturas, al parecer indestructibles, según contaba Carlo Manfetty en su diario.

Con el candelabro en la mano, Peter Wallace cruzó el muro. Ya al otro lado del mismo, ayudó a las mujeres a que rebasaran el obstáculo, pero no dijo nada acerca de lo que acababa de descubrir hasta que el propio Lino, que cerraba la marcha, hubo pasado a la sala subterránea.

—Pero ¿dónde está Carlo? —se preguntó Marisa en voz alta.

—Eso quisiera saber yo, el cadáver ha desaparecido —gruñó Peter.

En el suelo donde lo dejaran tendido había restos de sangre, pero el cadáver no estaba y aquello produjo una nueva tensión, un nuevo desasosiego, haciendo más desagradable la situación.

—No es posible, a menos que haya alguien más en el *casserolino* —exclamó Burgallone.

—Quizá no estaba muerto del todo y se ha marchado como ha podido —apuntó Lino.

—Yo opino que estaba muerto —sentenció Peter, con voz profunda.

—¡Yo me marcho, no aguanto más esto! —advirtió Rita, respirando por la nariz, pero muy profundamente, como si precisara oxigenar su cerebro asustado.

—¡Eh, mirad, mirad los cuadros!

A la voz de Marisa, todos dirigieron sus pupilas hacia los cuadros. Lino aún tuvo tiempo de preguntar, antes de mirar los cuadros:

—¿Qué pasa con ellos?

—¡Las doncellas han desaparecido!

Todos quedaron atónitos, sin poder dar crédito a lo que estaban

viendo.

Las grandes telas de los cuadros aparecían oscuras, casi negras. Las jóvenes semejaban haber escapado de ellos, como adquiriendo vida propia.

—Me cuesta reconocerlo, pero aquí pasan cosas raras, muy raras —gruñó Peter—. Hechos que no tienen explicación lógica, y habrá que pensar en algo sobrenatural, aunque estoy en contra de ello.

—Io creo que esto es una trampa, una farsa urdida por Carlo para asustarnos.

Lo mismo que nosotros creamos situaciones violentas falsas y los espectadores se las tragan como buenas, Carlo nos ha preparado esta broma molto pesada, y deberá estar riéndose de nosotros en alguna parte del *casserolino*.

Tras las palabras de Burgallone, comenzaron a oírse unas leves risas. Eran risas de mujer, y fueron aumentando de volumen hasta tornarse obsesivas dentro de la fantasmagórica sala de los cuadros donde las doncellas parecían haber escapado para convertirse en seres invisibles, etéreos, pero siempre malignos.

Peter buscó en derredor con mirada desafiante. Buscaba a las autoras de aquellas risas hirientes y psicopáticas.

Burgallone miraba a su vez, con temor, y Lino se aferraba al brazo del candelabro que sostenía como si éste hubiera de prestarle apoyo.

La que estalló primero, tras llevarse las manos a los oídos, taponándolos, fue Rita. Después corrió hacia el hueco de la pared, huyendo por él.

—¡Rita, espera! —le pidió Marisa.

Rita desapareció del alcance de sus miradas.

Procedente del otro lado de la pared pudieron escuchar su inconfundible voz gritando:

—¡No, no! ¡Agggg!

Se escucharon unos golpes y todos se miraron entre sí, alarmados.

—¡Rita, Rita, contesta!

La joven inglesa no respondió. Peter Wallace traspasó el muro para buscarla, pero en la bodega no la encontró. Era como si se la hubiera tragado la tierra.

—Eh, ¿dónde está la ragazza? —preguntó Burgallone detrás de

él.

—Ha desaparecido, y estoy convencido de que no ha subido a lo alto.

—No sé si alguien ha preparado todo esto, pero como haya sido así, lo mato, es que lo mato —amenazó Lino, enrojeciendo.

Marisa descubrió algo en el suelo, que señaló con la punta de su zapato, sin atreverse a tocarlo.

—¡El garfio, el garfio asesino sigue goteando sangre; debe ser de Rita!

Gina tenía dificultades para mantenerse en pie. Estaba muy pálida y las rodillas le temblaban, quizá no por la suerte que hubiera podido correr su compañera de trabajo, sino por el peligro que ella misma corría.

—Propongo que busquemos a Rita por este sótano. Quizá sólo esté aturdida.

—Peter, tú nos has hecho bajar aquí. Si no lo hubiéramos hecho, no habríamos visto que Carlo se ha esfumado, que los cuadros ya no tienen doncellas pintadas y Rita no habría desaparecido.

Peter miró hacia la pared abierta; las risas ya no llegaban hasta ellos.

—Si le ha ocurrido algo a Rita, lo sentiré mucho —dijo—; pero yo no soy culpable de los crímenes que se cometan en este *casserolino*. Quizá haya algún loco detrás, me cuesta creer que todo sea sobrenatural. Tampoco creo en los muertos en este caso, muertas que pese a los siglos se levantan para satisfacer su sadismo y maldad. Me gustaría descubrir el truco de todo esto.

—Yo lo que pido es que no nos separemos, no sea cosa que otro de nosotros desaparezca también —indicó Lino.

—Deja a la policía que investigue todo esto, Peter —pidió Marisa.

—Está bien, pero busquemos a Rita primero.

En un grupo compacto y temiendo que de un instante a otro se apagaran las velas tal como había ocurrido cuando Cario fuera asesinado, buscaron a Rita.

No hallaron rastro alguno de la inglesa, sólo suciedad, moho y los ojillos brillantes de alguna rata que les observaba con recelo.

Tampoco descubrieron ninguna puerta o pared falsa por la que pudiera haber escapado.

—Quizá haya llegado arriba —dijo Gina, temblándole la voz y mirando con suspicacia y miedo en derredor.

Abandonaron el sótano en silencio, regresando a lo alto. Rita no aparecía.

Arriba tampoco la encontraron pese a que la llama ron a voces. Burgallone sentenció:

—Io me largo, funcione el coche o no funcione.

—De acuerdo, vayamos afuera. Quizá empujándolo se ponga de nuevo en marcha —propuso Peter.

Salieron al exterior. Allí aguardaba el automóvil, y el perro, que les miró esta vez sin ladrar, resignado al encadenamiento a que se hallaba sometido.

—Marisa, colócate al volante, los demás empujaremos. Mete la marcha y veremos si lo ponemos a funcionar por las buenas.

Marisa aceptó y todos, incluido Burgallone, que empezó a sudar pese al frío, empujaron el auto, que no tardó en ronronear, produciendo gran satisfacción entre los reunidos.

—Magnífico, Peter. Has tenido una idea molto buena. Ahora ya nos podemos marchar.

—Sí, márchense todos, pero al cuartelillo de la policía, para contarles lo que ha pasado aquí esta noche.

—Peter, tú no irás a quedarte, ¿verdad? —inquirió Marisa, preocupada por el americano.

—Sí, os esperaré aquí.

—Si quieres suicidarte… Si las muertas no se levantan, es que hay un loco ahí dentro. Lo que es yo no pienso quedarme —advirtió Lino.

—¿Estás seguro de que deseas quedarte? —preguntó Burgallone.

—Sí, todo esto me intriga. Aguardaré a que venga la policía y veremos si aclara las dramáticas desapariciones de Carlo y Rita.

Marisa, ante el volante, le dirigió una mirada de súplica que Peter no vio o no quiso ver. Gina apremió:

—Vamos, Marisa, marchémonos de aquí cuanto antes.

El lujoso Mercedes-Benz se alejó, dejando a Peter Wallace, que voluntariamente se había quedado solo en el tenebroso jardín del *casserolino*.

El gran danés lanzó un ladrido.

Peter se acercó, le acarició la cabeza y luego le soltó la cadena, dejándolo libre.

El animal corrió hacia el interior de la lúgubre mansión.

CAPÍTULO VI

La amanecida otoñal era fría y húmeda.

Un policía quedó custodiando la puerta del jardín, al que no era fácil que se acercara nadie por hallarse muy a las afueras de Arezzo.

Desde la entrada del jardín podía contemplarse el silencioso y pétreo convento, que seguía perteneciendo a la orden religiosa de clausura, pero en su interior no había nadie, situación que poca gente conocía.

Otro policía custodiaba la puerta del *casserolino* de las Doncellas propiamente dicho, y los demás se hallaban dentro de la edificación, pétrea y secular.

Sólo Marisa había regresado con la policía. Burgallone, Lino y Gina habían preferido quedarse en la comisaría.

El inspector Rozzio no estaba de muy buen talante. Era un hombre que rebasaba la cuarentena, de mediana estatura tirando a bajo, con bigote poblado y cara de eterno mal humor.

En el suelo yacía el perro, muerto y ensangrentado.

—Esto ha sido una salvajada —gruñó el comisario.

—Sí, eso mismo opino yo —admitió Peter Wallace—. Lo malo es que no ha sido sólo el perro.

—Volvamos abajo. Será mejor comprobar lo que están haciendo mis hombres en lugar de contemplar el cadáver de este perro, muerto bárbaramente. Sólo es capaz de matar así a una bestia alguien que no esté en su sano juicio.

—Me temo, inspector, que usted está pensando en uno de nosotros —observó Peter, acariciando su corta barba cobriza.

—Luego le daré mi respuesta, señor Wallace. Ustedes, los cineastas, son gente muy especial.

—¿Nos cree locos o algo por el estilo, comisario? —preguntó

Marisa esta vez.

—No digo que todos lo sean, pero admitirán que sí hay unos cuantos entre ustedes. Son gente que vive sin regla fija, ya saben a qué me refiero: la *dolce vita* de la Roma del cine. Pero vayamos abajo; ustedes han avisado a la policía, y la policía está aquí para investigar.

Marisa y Peter se situaron tras el inspector, mirándose preocupados.

Descendieron al sótano, que se hallaba iluminado con potentes focos de man o con fluido eléctrico procedente de baterías. La policía no usaba los pesados candelabros.

Encontraron a dos agentes que investigaban entre los grandes toneles y golpeaban las paredes con sus puños cerrados.

—¿Qué tal, cómo va eso? —preguntó el comisario Rozzio, con suma profesionalidad.

—Nada por aquí, comisario —respondió uno de ellos, con mala gana.

Miraba su reloj de vez en cuando, pensando que el turno de noche estaba próximo a concluir y podría regresar a su casa para descansar, aunque no podía decirse que aquella noche hubiera sido azarosa para la policía: Sólo un accidente de tráfico y luego, de madrugada, la espectacular aparición de los cineastas explicando historias de terror que resultaban tan embrolladas como increíbles.

Lo primero que había hecho el comisario Rozzio había sido olerles el aliento, buscando signos evidentes de embriaguez etílica, pero se había encogido de hombros al no notar rastro de alcohol, diciéndose:

—Después de todo, hay muchas drogas que usan estos tipos y que no apestan.

—No hay rastro del garfio ni de sangre, comisario —respondió el otro agente.

Rozzio se volvió hacia Peter y Marisa, preguntándoles abiertamente, sin ambages:

—¿Pueden decirme qué clase de droga tomaron en su fiesta? Su confesión sería más fácil si dijeran la verdad.

—Rita desapareció, se lo hemos dicho, y a Carlo lo asesinaron delante nuestro —insistió Marisa.

—Lo siento, señorita, pero la policía no cree en los cadáveres

que se esfuman ni en brujas o aparecidos. Somos muy escépticos al respecto. S i no hay cadáver, no hay asesinato. Todos los delitos dejan una huella y a los policías no nos gusta que esa huella sólo esté en la imaginación de personas que precisamente están filmando películas de terror, de vampiros. ¿No es eso, señor Wallace?

—Sí, y comprendo su escepticismo. —Peter sacó su pitillera y le invitó a fumar, lo mismo que a Marisa. El propio inspector les ofreció el fuego de su mechero de gas—. Si estuviera en su lugar, también me mostraría incrédulo.

Tras expulsar el humo de sus pulmones, el comisario Rozzio exclamó:

—Bravo, celebro que me comprenda. Así nos entenderemos mejor, mucho mejor.

A través del muro roto, pasaron a la sala de las pinturas. Allí había otros dos policías y mucha luz. Uno de ellos, fotógrafo, examinaba atentamente los lienzos.

—¿Cómo va eso, Paolo?

—Comisario, estas pinturas son muy viejas, no cabe duda, pero carecen de valor, pues ni siquiera puede apreciarse lo que hay en ellas. Sólo son sombras, vagas e imprecisas. El paso del tiempo y la humedad que hay aquí abajo las ha estropeado por completo, nadie daría ni una lira por todas juntas. Ni siquiera los marcos valen algo, están podridos. En fin, nada vale aquí, comisario, y, por supuesto, de las doncellas pintadas, ni rastro.

—¿Lo ven, se dan cuenta? No hay nada. Lo malo es que los policías debemos perder el tiempo con falsas llamadas como ésta.

—Usted no cree nada, ¿verdad, comisario? —inquirió Marisa, con un punto de rencor en su voz.

—Yo creo lo que veo, lo que se comprende, lo que tiene una razón lógica de ser, señorita.

—Entonces, usted no cree en Dios, ¿verdad?

Rozzio carraspeó.

—Señorita, permítame reservarme esa respuesta.

—Lo más extraño es que no haya quedado ni rastro de sangre de lo sucedido anoche.

—Si es que sucedió algo, señor Wallace. A cada segundo que pasa me afirmo más en la idea de que lo debieron soñar ustedes o inventarlo.

—¿Inventarlo, para qué? —preguntó Marisa.

El comisario Rozzio se encogió de hombros antes de responder con vaguedad, pero acusativo en el fondo:

—Ustedes están filmando una aventura de terror, de consumo para el gran público. Este tipo de producciones necesita publicidad y la publicidad es cara, muy cara. Surge la idea entre alguien de ustedes y montan todo este tinglado de terror. Avisan a la policía; los supuestos cadáveres desaparecen, las huellas de los crímenes también. Los chicos de la prensa se enteran de lo sucedido en la comisaría de policía e inmediatamente aparecen ustedes en todos los periódicos y revistas con la noticia de los supuestos crímenes en un lúgubre *casserolino* como éste, comprado por pocas liras. A la gente le gustan las historias de esta clase e, inmediatamente, ustedes llaman la atención. El señor Burgallone comienza a buscar sustituta para el papel de protagonista de su filme de vampiros y se presentan muchas chicas. Hay concurso, más publicidad, pero, de pronto, en una isla, aparecen Carlo y Rita, el escritor y la estrella, viviendo su *dolce vita*. Más fotos para los chicos de la prensa, éstas más eróticas por parte de Rita. Más publicidad gratuita y el rodaje del filme se reanuda. Todo así de sencillo.

—Usted también tiene una gran imaginación. Serviría para escribir guiones.

El comisario Rozzio sonrió, tratando de mostrarse escéptico. En el fondo, le agradó la opinión, aunque se guardó mucho de manifestarlo.

—Bien, creo que nos vamos a marchar. No hay motivos para quedarse más tiempo aquí. No existe señal alguna de misteriosos crímenes y, por suerte para ustedes, no hemos hallado drogas. Habría tenido que acusarlos a todos de toxicómanos; pero en bien del cine de coproducción, no les haré análisis en busca de drogas consumidas. Lo dejaremos como una falsa alarma, aunque yo crea que han tratado de utilizamos para su publicidad.

—Pero ¿y el perro? ¡El perro está muerto arriba! —insistió Marisa.

—Un perro muerto no es un delito mientras no se presente su dueño acusando a alguien de la muerte; claro que puede entrar en juego la sociedad protectora de animales. No creo que vayan a utilizar también a la citada sociedad para llevar adelante su plan

publicitario sobre historias terroríficas. —Se volvió hacia sus subordinados—: Muchachos, vamos. Se terminó la fiesta.

Todos se encogieron de hombros, no había motivos para sospechar nada.

Hasta las huellas de sangre se habían borrado.

—Entonces, ¿usted cree que hemos matado salvajemente a ese perro para llevar adelante un sucio plan publicitario a bajo precio? —inquirió Marisa, indignada.

—Señorita, he visto cosas peores y más raras para que vaya a sorprenderme ahora. No voy a hacerles el juego, de modo que si alguno de ustedes o de los que se han quedado en la comisaría trata de contarles chis mes a los reporteros, yo negaré que haya habido crímenes o situaciones terroríficas, y ellos, que son muy listos, se darán cuenta en seguida del fraude y sólo lo llevarán adelante aquellos que cobren sumas importantes por publicar patrañas.

—Comisario, sólo tengo deseos de hacer una cosa ahora.

—¿El qué, señor Wallace?

—Darle un puñetazo en mitad de la boca.

—Hágalo y tendrá pleitos con la policía. Siendo usted extranjero, puede encontrarse con la desagradable situación de ser expulsado de Italia por persona no grata. ¿Es ésa la clase de publicidad que desea?

Tras sonreír, el inspector se dirigió hacia las esca leras, siguiendo a sus hombres, que recogían el material eléctrico de iluminación.

Peter y Marisa salieron a la puerta cuando los policías subían al coche celular.

—Le aconsejo, señor Wallace, que coja una pala y entierre a ese perro muerto o pronto apestará, y no ponga esa cara de pocos amigos. Unas veces se gana y otras se pierde. Es malo comenzar el rodaje de un filme con poco dinero. ¡Buena suerte!

El coche policial se puso en marcha y los agentes se alejaron hacia su comisaría.

El día había nacido ya, gris y plomizo, sin sol, frío y húmedo en el triste otoño de Arezzo.

—Peter…

—¿Sí?

—Lo del perro, ¿cómo ha ocurrido?

—No lo sé. Estaba leyendo el resto de las notas que ha dejado Carlo sobre este oscuro asunto, que pienso descifrar pese al escepticismo de ese suficiente comisario.

—¿No has visto cómo lo mataban?

—Si lo hubiera visto sabría quién ha sido. Sólo he oído unos ladridos, y cuando he querido averiguar qué sucedía, el animal agonizaba ya, tal como ha quedado, sobre un charco de sangre.

—¿Y no has temido que te ocurriera a ti algo semejante?

—Me ha dado la impresión de que no estaba solo, pero en ese momento he oído el ronquido del motor del coche de la policía. Imagino que el comisario sospecha que he sido yo el salvaje que ha matado al perro de forma tan brutal.

—Sí, y quizá piensen lo mismo los demás.

—¿Y tú?

—No, yo sé que no has podido ser tú.

—¿Por qué?

Ella, muy cerca de él, no apartó su mirada de los ojos varoniles.

—Porque te conozco —dijo, con apenas un susurro.

Peter se inclinó sobre ella y la besó ligeramente en los labios. Su caricia fue interrumpida por unas risas burlonas y algo lejanas que procedían del interior del *casserolino*. Ambos volvieron sus miradas hacia la puerta.

CAPÍTULO VII

Burgallone se hallaba malhumorado en su despacho provisional de los estudios romanos de Cinecittá. Le decían algo a través del auricular telefónico que le estaba molestando.

—¡Sí, sí, ya sé que todo está arreglado y que hay corriente eléctrica, pero ahora no pueden seguir rodando!

La otra voz preguntó algo.

—¿Que por qué? ¡Por todos los diablos, porque no tengo a mi gente aquí! No se apure, io abonaré religiosamente cada día de utilización de los estudios.

Ahorquilló el teléfono y salió del despacho, dirigiéndose al plato de rodaje. Allí estaba el personal técnico y algunos actores. Hablaban entre sí, fumaban y tomaban unas copas que un electricista les había proporcionado.

—¡Io me voy a arruinar! —exclamó.

Se hizo el silencio y todos le miraron.

Frente a él también estaba la bella Gina y Lino. Ella, vestida con abundante muestra de su anatomía, y él, preocupado de su persona. De vez en cuando, sacaba un pequeño espejo que portaba y se miraba el rostro, haciendo muecas extrañas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lino.

—¡Despediré a Peter y también a Marisa, los despediré!

—Si no está Rita, no podemos seguir rodando y nosotros sabemos que…

—Cállate, Gina —pidió Lino, nervioso.

Gina no había utilizado cosméticos para dar palidez a su rostro, también cargado de ojeras. Los últimos acontecimientos vividos la habían afectado profundamente, dándole el aspecto que debía mostrar a la cámara para representar su personaje de mujer-

vampiro.

—Llamaré a Peter y, a partir de mañana, que comiencen a hacer pruebas.

Habrá que buscar a una chica que se parezca a Rita.

—Eso será muy difícil —objetó Gina.

—No me interrumpas. Anda, vamos, vístete y saldremos a dar una vuelta. Así descansaremos los nervios.

—No —denegó Gina, con firmeza.

—¿Cómo?

—Que no. Por favor, Burgallone, no tengo ganas hoy de ir a tu vuelta.

—¿Te das cuenta de lo que dices?

—Sí, pero estoy deshecha. Esta noche no te sentirías bien conmigo.

—¡Io me desespero, buona sera a todos! Mañana os quiero aquí; traeré al director americano y rodaremos de nuevo. ¡Io no sé qué pasa, pero todo sale mal! —exclamó, mesándose los cabellos.

Malhumorado y rezongando, sabiendo muy bien lo que le costaba cada día de paro en el rodaje del filme que estaba llevando a cabo, se dirigió a la cafetería de los estudios cinematográficos.

Se encaminó hacia una mesa discreta.

En el local abundaba la gente. Allí estaban los que alardeaban de estar rodando filmes y de tener muchos proyectos futuristas, entre los que se incluía el Oscar hollywoodiense, y los que buscaban trabajo como figurantes o de lo que fuera.

Entre estos últimos había muchas chicas que normalmente hacían de gogós en las discotecas, de tele-girls, de maniquíes de modas y hasta de animadoras de fiestas aburridas entre comerciantes e industriales en viaje de negocios.

Un camarero se le acercó solícito. Burgallone era sobradamente conocido como promotor de filmes de consumo, sin atisbos de intelectualidad.

—¿Qué va a tomar, señor Burgallone?

—Tráeme un *whisky* doble con dos huevos dentro, pero que sean frescos. Ah, dile a esa rubia que está en el grupo de la barra que quiero hablar con ella.

—¿La más alta, señor Burgallone?

—Sí, ésa.

—¿Busca chica, señor Burgallone? Se dice que Rita Spencer no va a volver.

—Dile que venga y no abras demasiado la boca.

La chica alta y rubia tenía un gran parecido con Rita.

Nada más habló con ella el camarero, todos se volvieron para mirar a Burgallone. La que más y la que menos suspiraba por un trabajo, fuera de lo que fuese, pero la rubia había sido la elegida y, contoneando sus caderas, se acercó a la mesa de Burgallone, que la recibió aparentemente frío.

—Siéntate y no te cimbrees más para llamar la atención.

—Como quiera.

—¿Cómo te llamas?

—Julia.

—Bien, Julia. ¿Has rodado algún filme? Me refiero a si das bien en pantalla.

—Sí, creo que bastante bien.

—No te prometo nada, pero me gustaría hacerte una prueba.

—¿Ahora?

—No, mañana, cuando regrese ese intelectualoide con muchos humos que se llama Peter Wallace.

—Hum, tengo entendido que es un buen director.

—Para eso le pago, para que sea bueno.

—¿Y tendría yo posibilidades de hacer mucho papel?

El camarero dejó el *whisky* doble con dos yemas dentro. Burgallone se lo tomó todo de un solo trago, sin pestañear.

—De ti depende. Ahora estoy aburrido; quiero ir a dar una vuelta. ¿Te parece bien acompañarme?

Julia le sonrió con picardía, maliciosamente.

—Sí, cómo no. Le acompañaré adónde usted quiera.

Salieron de la cafetería. Las otras *starlets* miraron con envidia a la elegida, que casi le pasaba toda la cabeza al promotor cinematográfico. Sin embargo, todas sabían con qué clase de favores debía de corresponder la chica a su elección.

Fueron al aparcamiento. Allí estaba el lujoso «Mercedes-Benz» de color negro.

Julia se acomodó, muy satisfecha y, poco después, el automóvil arrancaba, taladrando la noche con sus potentes faros.

—Tienes unas bonitas piernas, Julia —le dijo Burgallone,

mirando sin disimulo alguno las bellas extremidades que asomaban bajo la escandalosa minifalda.

—En sus filmes, lo que quiere son chicas guapas que atraigan la atención de los espectadores, ¿no es eso?

—Sí, y creo que tú sabes lo que quiero. —La miró fijamente a la cara y dijo—: Tengo la impresión de que te conozco de algo, de que te he visto antes en otra parte.

—Quizá nos hayamos visto en una fiesta.

—Sí, es posible. Las fiestas de los hombres del cine siempre están llenas de gente y no termina uno de saber nunca con quién habla.

Burgallone condujo hacia las afueras de la ciudad. Tomó un cigarro, grueso y aromático, y comenzó a fumar. Se frotó los ojos y dijo:

—No sé qué me pasa; tengo como una modorra. Será el cansancio o la maldita noche que he pasado.

—¿Qué noche?

—Bah, no tiene importancia. Pronto llegaremos a mi chalet y descansaremos los dos. Mañana, seguro que das bien en la prueba y te pondré en el lugar de Rita.

Fumando y con sensación de soñolencia, siguió conduciendo por la autopista en dirección a la Toscana.

Pasaron los minutos. Julia preguntó:

—Tu chalet está muy lejos, ¿no?

—Hum —respondió, adormilado y conduciendo a gran velocidad, con peligro de su vida.

Salieron de la autopista y se introdujeron por una carretera general. Luego pasaron a otra de segundo orden.

En un paraje solitario, Burgallone pisó el freno y con grandes chirridos detuvo el coche, saliendo en parte de la carretera.

—Pero ¿dónde estamos? —se preguntó en voz alta el hombre, bajando la ventanilla.

—En Arezzo.

—¿Arezzo? ¿Por qué diablos estamos en Arezzo?

—Tú has conducido hasta aquí.

—¿Yo? Esto es absurdo. ¡Yo no quería volver por aquí jamás, jamás!

—Ahí delante hay un *casserolino* y al otro lado un convento.

—¡Por todos los demonios, hay que largarse de aquí! ¡No sé si es que esto y borracho o que aquel condenado camarero me ha dado un cóctel de drogas!

Puso la luz intensiva para hacer la maniobra de giro en la carretera con la intención de regresar a Roma.

La luz dio de lleno en un muro y en mitad de ella apareció un rostro femenino, un rostro que expresaba sadismo y que reía mientras le miraba con burla.

—¡No puede ser, es una de esas brujas!

Al volverse hacia su acompañante, Burgallone descubrió que el rostro de Julia era el mismo que se reflejaba en la pared, como si se estuviera proyectando una diapositiva.

Aquella mujer se había arrancado la peluca rubia y entonces la recordó como a una de las doncellas plasmadas en las pinturas del sótano.

Miró en sus ojos y se vio a sí mismo muy iluminado y aplastado por algo que no consiguió identificar ni se tomó tiempo en averiguarlo, puesto que al reconocerla como a una de las muertas revividas, saltó del coche corriendo, lleno de pánico.

Corrió por la carretera y varios automóviles estuvieron a punto de atropellarlo.

Ninguno de ellos se detuvo para recogerlo, pese a las súplicas que Burgallone hacía con sus manos.

Estaba solo sobre el asfalto. Los demás viajeros preferían ignorarlo como él hubiera hecho con otro hombre en peligro.

Su coche también se puso en marcha. Julia seguía riéndose en su asiento.

Frente al volante no había nadie; sin embargo, el «Mercedes» avanzó en dirección a Burgallone.

El promotor cinematográfico, bombardeado por los faros de su propio coche, corrió lleno de pánico, mas el auto se le venía encima sin conductor.

Cambió de dirección y el volante se movió solo, persiguiéndole.

De pronto, se encontró en el camino que daba a la entrada del recinto del *casserolino*. Corrió por él hasta llegar a la verja, pero ésta se hallaba cerrada.

Intentó huir, pero ya el coche estaba encima de él. Quedó inundado de luz mientras lanzaba un alarido de muerte.

El «Mercedes» arremetió contra él, aplastándolo sobre las rejas. El auto retrocedió y volvió a arremeter contra Burgallone, que quedó materialmente destrozado mientras la extraña mujer llamada Julia reía y reía.

Se abrió la puerta del *casserolino* y aparecieron siete doncellas más.

Danzando de forma extraña, se dirigieron hacia la verja, al pie de la cual yacía un cuerpo ensangrentado, sin vida, y con los ojos abiertos, si n haber podido escapar al juramento de venganza de las ocho jóvenes excomulgadas y ejecutadas en la horca.

CAPÍTULO VIII

Aquel cura era pequeño, delgado, y tenía el cabello enteramente plateado. Se les acercó muy reverencioso para decirles:

—No es ortodoxo, pero monseñor les recibirá ahora mismo.

Peter Wallace y Marisa se miraron. En principio habían temido que el obispo ayudante de la diócesis de Arezzo no les recibiera.

El despacho se hallaba sólo iluminado por una lámpara protegida con pantalla y que estaba sobre el austero escritorio.

El clérigo tenía una faz bondadosa y algo fatigada.

—Buenas noches. Tomen asiento, por favor.

Peter y Marisa se situaron al otro lado de la mesa, frente a él.

—Siento estorbarle, monseñor, pero tenemos dudas y deseamos consultar con usted.

—¿Sobre el *casserolino* y las ocho doncellas?

Marisa miró interrogante a Peter. Luego volvió nuevamente su cabeza hacia el obispo y preguntó:

—¿Lo sabe usted?

—Señorita, en una ciudad como Arezzo, las noticias corren rápidamente aunque se quieran ocultar. No es que haga oídos a los rumores, pero eh cuanto se suscitan problemas que puedan salpicar a la Iglesia, es lógico que los miembros de este obispado nos preocupemos.

—Monseñor, tememos que algo muy desagradable y extraño ocurra entre los muros de ese *casserolino*.

—Suceda lo que suceda en ese lugar, no incumbe a la Iglesia averiguarlo, sino a la policía.

—Es que esas ocho doncellas estaban en el convento de clausura —observó Marisa.

—Conozco la historia. Fueron sacadas del convento y ejecutadas

por sus crímenes. Ellas no eran monjas, sino ciudadanas, y lo que pudo ocurrir con ellas posteriormente no es problema de la Iglesia.

—Creo notar en usted cierta frialdad, monseñor.

Tras la observación de Peter, el clérigo respondió con cierta fatiga:

—Amigo mío, la Iglesia recibe muchas visitas extrañas y debemos de ser muy cautos. Se comenta que ustedes buscan publicidad gratuita para el rodaje de su filme, y, como comprenderá, no podemos aceptarlo.

—Eso se lo ha dicho el comisario Rozzio —espetó Marisa.

—Señorita, no importa lo que me haya dicho el comisario. Me gustaría que dejaran en paz a los muertos.

Se habla demasiado de esas doncellas por estos lares, y eso no es bueno para nadie.

—Pero nosotros hemos presenciado extraños sucesos: La muerte de un hombre, cuadros que primero se veían y luego no.

—Pueden ser simples trucos. Me inclino a creer en la inocencia de ustedes dos, pero podría ser que hubiera alguien más interesado en utilizarles. Es fácil crear sucesos inexplicables en un viejo caserón cargado de leyendas y sin luz en sus bodegas.

—¿Insinúa que nos han tomado el pelo?

—Yo no he dicho tal cosa. Les he recibido para cal mar sus espíritus dentro de lo que esté en mi mano. Oren y pónganse en manos del Señor.

—Monseñor, lo que queremos es descifrar este misterio, y si hay alguien vivo mezclado en todo esto, que la policía lo prenda.

—Muy bien, señorita, pero ¿por qué hablar conmigo, por qué esa prisa en que les recibiera?

Esta vez fue el americano quien respondió.

—Hemos pensado que usted podría saber el lugar donde están sepultadas las doncellas.

—Nadie lo sabe —fue la respuesta rotunda—. En su tiempo se creyó oportuno hacerlo en secreto. Las ocho doncellas estaban cargadas de una fama muy negativa que impresionaba al pueblo sencillo que habitaba por aquellos días este lugar de la Toscana.

—¿No hay posibilidades de hallarlo?

—La misma que de encontrar un galeón español cargado de oro en el fondo del Caribe.

Marisa se enfrentó con Peter, diciéndole:

—Será mejor que regresemos a Roma.

—Tú haz lo que quieras; yo deseo llegar hasta el fondo de este asunto.

—Será mejor que haga caso a la señorita.

Peter hizo una dubitativa pausa y preguntó:

—¿Monseñor, podríamos sostener digamos un diálogo hipotético?

—Según de qué se trate. La Iglesia ve con buenos ojos la parte positiva del cine, no así la negativa, como es natural.

—No se trata del cine, monseñor.

—Entonces, pruebe, pero por pocos minutos, se lo ruego.

—Monseñor, suponga que esas ocho doncellas existen.

—Existieron —corrigió el clérigo.

—Bien, pero hablemos en hipótesis.

—Hágalas usted, yo responderé lo que deba.

—De acuerdo. Supongamos que esas doncellas, ejecutadas por sus crímenes y excomulgadas en su día, sean protegidas de Satanás.

—Pisa usted un terreno muy resbaladizo, señor Wallace. Es como si quisiera hacerme creer que existen las brujas, es decir, de esa clase de brujas que sacan en los telefilmes que ustedes los americanos exportan a todo el mundo para hacer reír a los niños.

—Pienso en algo más serio, monseñor. Usted cree en los milagros, ¿verdad?

—Naturalmente, aunque la Iglesia es muy cauta al respecto y no busca milagros para propagar su fe. Son muchos los supuestos milagros que posteriormente se demuestra que no lo son.

—Pero, básicamente, cree en los milagros, ¿no?

—Sí. El poder de Dios es infinito al lado del poder del hombre, que suele cargarse de soberbia.

—Dios es el poder del bien y, por lógica, ha de existir también el poder del mal, aunque éste sea muy inferior.

—Dios puede permitir a Satanás que emplee su poder infernal para tentar al hombre.

—Y todo ese poder infernal, comparado con lo que nosotros podemos hacer ordinariamente, debe de ser muy superior.

—Lo es, pero no va a hacer que admita que lo que sucede en el *casserolino* es obra de Satanás.

—Satanás se presentó a Cristo en el desierto para tentarle, y para lograrlo le ofreció verdaderos poderes, como alzarse sobre el mundo.

—Sí, según la Biblia y el Antiguo y el Nuevo Testamento, tiene esos poderes, pero, repito, la Iglesia no acepta hechos de esta índole con facilidad. No lo niega todo, por supuesto. Si usted presentara hechos que pudieran probarse, doctores tiene la Iglesia para dictaminar.

—Esos hechos no son fácilmente demostrables. La policía lo ha intentado y se ha marchado casi riéndose de nosotros.

—Mire, señor Wallace, la Iglesia ha mirado siempre con cierta reprobación esas historias malignas de Dráculas y otros monstruos similares que sólo sirven para fomentar la superstición del pueblo. Menos mal que el pueblo ha crecido culturalmente y se ríe de tales leyendas.

—Sí, yo también me río, monseñor, pese a que estoy dirigiendo uno de esos relatos. Es como poner en pantalla una casa de miedo o de risa como las que se ven en los grandes parques de atracciones. No tienen mayor importancia que hacer pasar un rato divertido. Pero insisto en que lo sucedido en el *casserolino* es distinto.

—Si ustedes hallan pruebas de algo extraño, háganselo saber a mi superior en la diócesis y él pasará la consulta a Roma; pero, francamente, les creo lo suficientemente inteligentes como para no tratar de involucrar a la Iglesia en sus asuntos particulares. No lo conseguirían.

—Jamás nos ha pasado por la mente tal cosa, mon señor. Hemos venido con confianza. Si hubiera alguna prueba de la intervención de Satanás al respecto, la Iglesia estudiaría el caso, ¿verdad?

—Las pruebas de Satanás están a la vista en cualquier ciudad donde el hombre es oprimido, donde hay miseria, burdeles o locales donde se toman drogas. En fin, el imperio de Satanás es muy extenso. No creo que, a estas alturas, se ponga a hacer malabarismos circenses.

—Yo tampoco lo creo, monseñor, pero dígame: ¿Cómo se podrían destruir, en el caso de que existieran, esos seres protegidos por Satanás y que permanecieran vivos a través de los tiempos?

—No ha habido jamás un caso de resurrección tan largo. —Se sonrió, añadiendo—: Haciendo siempre conjeturas, recuerde que las

llamadas brujas, cuando existía la Inquisición, eran quemadas en las hogueras.

—¿Y si el fuego no fuera capaz de destruirlas?

—Cada vez me pone usted este juego más difícil, señor Wallace.

—Recuerde que uno de los poderes de Satanás es el fuego, y puede que sus adoradores estén acostumbrados a él. No me negará que a través de los tiempos siempre ha habido seres que han rendido culto a Satanás.

—Eso es cierto. Siempre han existido gentes malvadas o simplemente perturbadas mentalmente. Bien, voy a aceptarle esta última hipótesis y luego les rogaré que se retiren.

—Aceptamos, monseñor —se apresuró a decir Marisa.

—Vencer a Satanás es fácil. Orando se consigue la fe y la voluntad y con ellas Satanás es derrotado. Pasando ahora al problema que veo que le preocupa, le diré que si algo se alza con el poder de Satanás, lo más fácil que se puede hacer es sujetarlo a la tierra, aplastarlo con el símbolo de Dios.

—¿Se refiere a una cruz, por ejemplo?

—Exacto, señor Wallace. Ponga una cruz sobre una tumba y bajo ella jamás hallará a Satanás, porque es el símbolo de Cristo, el Dios que nos redimió con su sacrificio. ¿Qué le parece, es sencilla la solución, señor Wallace?

—Pues sí, es sencilla y eficaz. El poder diabólico siempre quedará sujeto por el poder de Dios.

—¿Es usted católico o protestante, señor Wallace?

—¿Qué importa eso, monseñor? Yo creo en Dios y, por lógica, he de creer en la existencia del negativo Satanás —repuso, poniéndose ya en pie.

—Bien, señor Wallace, venga a verme cuando quiera. Creo que podemos charlar de cosas interesantes; es usted un hombre inteligente. Señorita, le ruego que lo acompañe. Ambos forman una pareja magnífica y nada me agradaría más que unirla con los lazos indisolubles de mi Iglesia, aunque ustedes estén pensando ahora que soy un casamentero.

Sonriéndose afablemente, se despidieron.

Ya en las oscuras calles de la secular Arezzo, Marisa preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Buscar una platería.

—¿Para qué?

—Quiero encargar ocho cruces de plata.

—¿Por qué de plata y no de madera?

—La madera puede destruirse con el tiempo y la plata es un metal noble y resistente.

—¿De veras crees que encontrarás esas tumbas?

—Vamos a buscar una platería, Marisa.

La cogió por el brazo y ambos echaron a andar por aquellas calles repletas de sabor medieval.

CAPÍTULO IX

El joyero-platero, que en principio les recibiera de mal humor, pues su comercio ya estaba cerrado al público, terminó por sonreír muy amable, pensando en una buena venta y en las excentricidades de la gente del cine y de los turistas, el uno americano y ella española.

—Las necesito pronto.

—Las tendrá la semana próxima.

—Las quiero para mañana —exigió.

—Imposible.

—Pagaré doble.

El orfebre carraspeó ligeramente.

—Lo intentaremos, señor Wallace.

—Bien. Ahora, ¿tendría cruces pequeñas, como para llevar con cadenita al cuello, sin llamar la atención?

—Oh, sí, claro. Italia es un país eminentemente cristiano, señor Wallace.

Sacó una bandeja de terciopelo negro conteniendo cruces. Rápidamente, Peter escogió una guarnecida con brillantitos rosados y un pequeño rubí en su centro.

—Esta me gusta.

—Señor Wallace, ha escogido usted muy bien. Sólo le costará doscientas mil liras.

—Cuidado, no abuse. Supongo que la cadenita está incluida.

—Oh, sí, claro que sí.

Peter abrió la cadenita. Pasaron la cruz por ella y, sorpresivamente para Marisa, Peter se la colgó del cuello.

—Creo que es muy bonita y, además, muy visible. Tú ya me entiendes, Marisa.

—Oh, sí, claro.

La joven de largos cabellos trigueños eligió entonces una pequeña y severa cruz de plata con esmaltes y una gruesa cadena. La colgó del cuello del americano, diciendo:

—Esta corre de mi cuenta.

—Sólo le costará setenta y cinco mil liras, signorina —dijo el orfebre, con una sonrisa.

Peter extendió un cheque y Marisa se empeñó en pagar la cruz que ella había elegido. Después salieron de la joyería, que había abierto para ellos una puerta que daba al interior del vestíbulo de una escalera, pues el comercio estaba cerrado para cualquier comprador.

—Recuerde que mañana pasaré por aquí.

—Sí, míster, no lo olvidaré. Ahora mismo voy a llamar al artesano platero para que comience a encender el horno para fundir la plata y que vaya preparando los moldes.

Ambas cruces quedaron ocultas bajo las ropas de abrigo que utilizaban en aquella noche fría y desapacible, pero con abundante luz lunar.

La temperatura no invitaba a deambular por las calles y no era época de turistas. Por ello, las calles de la milenaria Arezzo aparecían tan silenciosas como desiertas.

Los pasos de la pareja resonaban entre las paredes, contra los oscuros portales, donde podían oírse algunos besos ahogados.

Peter tenía su «Alfa Romeo» aparcado allí cerca. Subieron al coche y el motor resultó atronador en la noche de la recogida ciudad toscana. Rodaron entre sus piedras milenarias, bajo el influjo del arte etrusco, romano y gótico.

—¿Adónde vamos?

—Marisa, sería mejor que regresaras a Roma. Burgallone debe de andar furioso; la filmación de su película se ha interrumpido. Si Rita ha desaparecido, deberá buscar una sustituta si quiere seguir adelante, y me estará buscando para hallarla entre ambos.

—¿Vamos a Roma, entonces?

—No, yo no podría volver ahora. He visto morir a Carlo y desaparecer a Rita.

Aunque lo de los cuadros fuera un hábil truco, cosa que falta determinar, quiero saber qué es lo que realmente ocurrió y quien o quiénes son los culpables pese a que la policía no cree en la muerte

de Carlo.

—Es que no han encontrado el cadáver y no es fácil que nadie crea una historia de esta índole y menos la policía.

Peter se sumergió en un silencio que Marisa no se atrevió a romper.

La circulación era escasa por las vías principales. El «Alfa Romeo» salió a los aledaños de la ciudad y Marisa no tardó en mirar a Peter de reojo: Aquella carretera conducía al *casserolino*.

—Sé lo que estás pensando.

—Peter, si me he quedado contigo para aclarar este misterio no es para que a estas alturas diga: «Tengo miedo».

—¿Y de verdad no lo tienes?

—¿Qué quieres que te responda? Soy humana, de carne y hueso.

El hombre apartó su diestra del volante y le dio una cariñosa palmada en el muslo.

—¡Mira, Peter, hay luz!

—Sí, veo luz en la verja.

—Parece de un coche.

—Acerquémonos.

El «Alfa Romeo» se aproximó al lujoso automóvil allí detenido con *los faros* encendidos, iluminando una verja entreabierta.

Las ruedas del coche de Peter chirriaron al tomar la curva, saliéndose de la carretera. No frenó hasta quedar tras el coche allí parado.

—Es el «Mercedes» de Burgallone —dijo Peter, al dar la luz de su propio vehículo en la matrícula del auto que estaba delante.

—Parece que no hay nadie dentro.

—Tendremos que bajar a averiguar.

—Peter…

Él sonrió, preguntando después:

—¿Vas a decirme que tienes miedo?

—Cuidado, Peter. Ignoramos qué fuerzas extrañas hay ahí dentro. Recuerda la muerte de Carlo. Fue horrible, jamás podré olvidarla.

—Sí, pero es muy raro que el coche de Burgallone esté aquí, solo y con los faros encendidos.

Peter se apeó para investigar. Observó el interior del «Mercedes» y no halló nada anormal. Se situó frente al coche y descubrió

manchas en el parachoques y embellecedores.

Las tocó con la mano y luego puso ésta frente al chorro de luz de los faros.

Fue Marisa quien exclamó con horror:

—¡Sangre!

Lentamente, Peter alzó su mirada hacia ella.

—Me temo que estamos ante otra situación desagradable.

—¿Crees que ha muerto alguien más?

—Este es el coche de Burgallone, aunque en ocasiones lo prestaba.

—¿A Lino o Gina?

—No lo sé. La puerta del *casserolino* está abierta y voy a entrar.

—Mira, en el suelo hay más rastro de sangre, y también en la verja.

—Sí, es como si el coche hubiera atropellado a alguien contra la verja, pero falta saber quién es el atropellado y quién el conductor.

—Peter, llama a la policía. Eso sí son pruebas, ¿no?

—También lo eran lo que vimos con Carlo. Podrían borrarse estas huellas de sangre también o quizá el laboratorio de análisis demostrara que es sangre de perro.

—¿De perro?

—No lo sé, es una hipótesis. Todo lo que sucede aquí es muy extraño. No, no quiero pasar de nuevo como idiota delante del comisario Rozzio. Quédate en el coche y yo investigaré dentro.

—Peter, ¿qué te parece si telefoneara a Roma para preguntar?

—De acuerdo. Toma el coche y vete al hotel. Telefonea desde allí; ya sabes que el teléfono del *casserolino* no funciona.

—Llamaré a Lino y preguntaré.

Antes de alejarse, Marisa se alzó de puntillas y lo besó en los labios.

—No te arriesgues. El coche de Burgallone tiene las llaves puestas y parece que funciona. Si pasa algo, ven corriendo al hotel.

—No te preocupes, me cuidaré.

Se separaron. Antes de adentrarse en el jardín del *casserolino*, aguardó a ver cómo la joven se marchaba a bordo del «Alfa Romeo».

Peter Wallace rebasó la ensangrentada verja. En el suelo había más rastros de sangre que parecían dirigirse hacia la casa.

Llegó ante la puerta tras cruzar el olvidado jardín.

Empujó la recia hoja de madera y penetró en el vestíbulo que daba paso al salón.

Alzó su mano y accionó el interruptor. Una lámpara de escasa potencia iluminó parte del *hall*, pero no del salón. Receloso, con precaución, Peter siguió avanzando. De pronto escuchó algo extraño, algo que le sorprendió y le hizo detenerse.

—Parece el llanto ahogado de una mujer —murmuró.

Creyendo que una mujer podía estar en peligro, avanzó decidido hacia la sala.

Abrió la luz; la electricidad funcionaba perfectamente.

Sólo se encendió una lámpara de pie, situada estratégicamente en un rincón. El resto quedaba en penumbra. La estancia era amplia, severa y nada tranquilizante.

De pronto, sentada en la alta butaca, descubrió a una joven cuyo rostro estaba oculto por largos y descuidados cabellos. Vestía al estilo *hippy*: pantalones mugrientos, camisa y un chaleco de franela.

Peter se le acercó tras comprobar que no había nadie más en el salón.

—Señorita, ¿qué hace aquí, qué le pasa?

La sollozante muchacha alzó la cara, mostrándosela a Peter, aunque éste no podía verla con claridad por la escasez de luz. Sólo pudo darse cuenta de que era joven y bella.

—Es horrible, horrible —sollozó, apenas sin voz.

Peter se le acercó más, hasta casi rozarla.

—¿Qué es horrible?

—Estaba muerto, lleno de sangre… Él me trajo aquí, me dijo que trabajaría en el cine.

—¿Quién, Burgallone?

—Bueno, un hombre ya mayor y entrado en carnes. Es promotor de cine.

—¿Cómo te llamas?

—Julia, señor Wallace. —Suspiró—. Le estaba esperando. Toque, toque mi cuerpo. Soy bella y suya, toda suya. Me estremezco sólo de pensar que estaré en sus manos…

Peter quedó perplejo, desconcertado. De pronto, le pareció que aquel rostro lo había visto en alguna parte, pero no sabía dónde.

Al mirar los ojos de aquella chica que decía llamar se Julia,

descubrió algo horrible.

En las pupilas femeninas se reflejaba algo que no estaba en la sala: Era un hombre con algo clavado en el rostro ensangrentado. Aquel algo parecía una horquilla de doble púa que le penetraba por los ojos y el hombre era él, no cabía duda alguna, era él.

Peter comprendió que estaba delante de una de aquellas doncellas que, pe se a haber sido ejecutadas, no habían hallado la muerte total. Aún no estaban en manos de Satanás, al que habían rendido culto.

Quiso apartarse de ella, mas sus piernas no le respondieron; era como si no las tuviera.

El poder de aquella criatura maléfica debía de ser grande, puesto que anulaba sus movimientos instintivos.

Ella se rió como si supiera lo que él estaba pensando. Estiró su mano hacia el juego de atizadores del fuego y tomó una horquilla.

Peter Wallace comprendió cuál iba a ser su suerte sin que nadie pudiera impedirlo. Debía hacer algo, algo que anulara el poder de Julia, algo que dejara libres sus piernas y brazos, pues ella lo estaba sujetando mientras reía con sadismo sibarítico y alzaba su arma para causar la muerte en la víctima escogida.

Peter, que atado con cadenas no habría podido estar más inmóvil, logró inflar su pecho de aire, echando los hombros hacia atrás.

Ocurrió lo inesperado.

La faz de aquella doncella, que había tomado el aspecto de una muchacha *hippy*, se transformó. Pasó de la risa al horror y dio un paso hacia atrás al tiempo que respiraba entrecortadamente, como un felino dispuesto a defenderse.

Era un espectáculo desagradable verla convertida en una especie de bestia con su arma de doble púa en la mano, dispuesta a atacar, pero temerosa, como si acabara de descubrir que quien estaba delante tenía mucho más poder que ella.

CAPÍTULO X

Lino no había conseguido dormirse. Fumaba tendido en su lecho. Los últimos acontecimientos le habían impresionado sobremanera y en vano intentaba apartarlos de su mente.

De pronto, el teléfono que se hallaba en la mesita de noche de su habitación en el hotel romano sonó de forma tan estridente que se sobresaltó.

Alargando la mano, desahorquilló el auricular.

—¿Quién es?

Sonó una voz femenina y angustiada.

—Lino, Lino, ¿eres tú?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Marisa.

—Ah, hola, Marisa. Creía que estabas aún en Arezzo, con esa historia de las doncellas.

—Es que estoy llamándote desde Arezzo, Lino.

—Por todos los diablos. ¿Qué pasa ahora? No telefonearás para contarme más historias de terror, ¿verdad? Maldita la hora en que acepté el rol en este filme de vampiros.

—No se trata de los vampiros de la película, Lino.

—Sí, sí, ya sé. Son esas malditas doncellas del *casserolino*, pero es que no quiero oír nada más de ellas. Ya no sé qué pensar. Por un momento he llegado a temer que tu amigo el americano nos hubiera tendido esta trampa con ayuda de Carlo para impresionarnos y así que interpretáramos el filme de vampiros con más verismo y terror por nuestra parte, para que saltemos a cada ruido que oigamos.

—Vamos, Lino, no seas pueril. Peter no ha preparado nada. Del asunto de las doncellas sabes tú tanto como nosotros.

—Peter se quedó el diario y, por lo visto, lo está estudiando a

fondo. Le debe gustar eso de descubrir misterios de terror, y a mí esas cosas no me van. La próxima película que acepte filmar será de turistas en la playa y bajo el sol.

—He llamado a Burgallone y no estaba.

—¿Y yo qué tengo que ver con Burgallone?

—También he telefoneado a Gina y no contesta.

—¿Y para decirme eso llamas a mi habitación?

—Lino, quería saber si estáis bien.

—Aquí, en Roma, mejor que en Arezzo.

—Lino, es que Peter y yo hemos descubierto el «Mercedes» de Burgallone frente a la verja del *casserolino* y había sangre, sangre en el parachoques.

—No entiendo. No creo que Burgallone fuera tan idiota de regresar a ese *casserolino* y menos de noche. Dijo que allí no volvería jamás.

—¿Y Gina?

—Tampoco. Ella también está asustada.

—Pues alguien ha venido en el «Mercedes». Te agradecería que por lo menos comprobaras que Gina está en su alcoba.

—Vamos, Marisa, ¿es que pretendes meterme en líos?

—No, sólo trato de averiguar lo que ha ocurrido.

—Está bien, está bien, sólo faltabas tú metiéndote a detective. Aguarda, iré a ver qué insultos me suelta Gina.

Soltó el auricular sobre la mesita y salió de la alcoba tras ajustarse la bata.

La habitación de Gina era contigua a la suya; sólo tuvo que andar unos pasos y detenerse frente a la puerta. Pulsó el botón del timbre y aguardó, mas no recibió respuesta.

Repitió el timbrazo y corrió igual suerte. Se disponía a marcharse cuando se le ocurrió probar con el pomo. Este cedió y la hoja de madera se abrió ante él.

—¡Gina!

Aquella llamada tampoco obtuvo respuesta. Introdujo su cabeza en la habitación y no vio nada anormal.

—Se habrá ido dejando la puerta abierta. ¿Será ella la que ha regresado a Arezzo?

Pasó al interior de la estancia y abrió la luz con cierto temor. Ya no miraba sólo con la luz mortecina procedente del corredor.

La cama estaba preparada para recibir a la mujer. Había ropa femenina sobre el lecho, y pensó que la joven podía estar en el baño. Se dirigió hacia él.

—¡Gina!

Allí estaba la actriz morena que en el filme interpretaba el rol de la mujer-vampiro.

Sin más cobertura que su propia piel y los negros y largos cabellos, colgaba ahorcada por el cordón de una bata que pendía del nacimiento del caño de la ducha.

Le faltaban dos palmos para llegar al piso de la ducha, pero era suficiente para que sus pies oscilaran en el aire, mostrando las uñas pintadas en color lila.

Llevaba puestos en aquellos momentos los colmillos de mujer-vampiro, lo que daba a su rostro un aspecto aún más horrible, pues incluso sus ojos estaban abiertos, desorbitados.

Lino volvió a cerrar la puerta del cuarto de baño.

Tambaleante, se acercó a la cama y se dejó caer sentado sobre ella. No comprendía cómo había sucedido aquello. ¿Se habría suicidado o la habrían asesinado?

—Eso lo averiguará la policía —dijo en voz alta—. Claro que si llamo yo, me van a acusar de esta muerte y si no llamo será peor, porque no tardarán en averiguar que he estado aquí. He dejado huellas por todas partes.

Optó por descolgar el teléfono y llamar a la centralita.

—Por favor, que suba el detective del hotel a la habitación tres dos cuatro.

—¿Ha ocurrido algo, señor? —preguntó la telefonista.

Mas Lino colgó y se dispuso a esperar. Su instinto natural le hizo tomar un espejo que había sobre el tocador y se miró en él, retocándose los rubios cabellos con la mano para quedar en todo momento bien presentable.

Temía a los reporteros gráficos inoportunos que podían sacar una mala fotografía de su rostro y luego publicarla.

Al fin, unos golpes llamaron a la puerta. Lino respondió.

—Adelante, está abierta.

Un hombre alto, con aire de suficiencia, penetró en la estancia. Descubrió al actor y caminó hacia él.

—¿Es usted, señor Lino? Hum, esta habitación no es la suya,

sino la de la señorita Gina Fiotto.

—En efecto. He venido a verla y he descubierto algo espantoso.

—¿Y qué es ello? ¿Acaso ha huido de su lado? Ignoraba que fueran amigos tan íntimos.

—Déjese de tonterías y vaya al baño. Está ahí.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser?

—Ah, ya. En fin, un detective ha de enfrentarse con las cosas más extrañas.

Lino vio alejarse al detective del hotel hacia la puerta del baño.

Este le abrió, metió la cabeza dentro y al final la retiró para preguntar:

—¿Se suponía que debía de estar aquí la señorita Gina?

—¿Cómo, qué dice?

Lino saltó materialmente de la cama y corrió hacia el baño. Quedó anonadado.

El cadáver desnudo y ahorcado de Gina se había esfumado y en el tiempo de su desaparición, él no se había movido del cuarto.

—¡Si estaba aquí, yo la he visto!

—Vamos, señor Lino, sople a mi nariz.

—¿Está de guasa?

—No, sólo quiero saber cuánto ha bebido.

—¡Váyase al diablo!

—¿Y le digo a los periodistas que el famoso actor ve visiones? Pueden pensar que está alcoholizado o drogado.

—¡Si no se marcha, haré que lo echen del hotel a puntapiés!

—Está bien, está bien, pero yo me callo mejor por las buenas que por las malas. Después de todo, acabo de descubrirle en una habitación que no es la suya y contándome historias de desaparecidos. Eso no puede negármelo.

—Está bien, lárguese. Si se porta bien, terminaré dándole una generosa propina.

—De acuerdo, de acuerdo, que sea generosa. Ya comprendo que ahora, en ropa de dormir, no lleva su talonario de cheques encima. Buenas noches, señor Lino. Ah, dele recuerdos a la señorita Gina cuando vuelva a verla.

El detective se alejó dejando solo a Lino que no comprendía lo su cedido.

Se le ocurrió pensar en las doncellas que asesinaban de forma brutal, haciendo desaparecer luego los cadáveres, para que no los descubrieran o quizá para llevárselos al infierno con ellas.

Asustado, regresó a su cuarto. El teléfono seguía descolgado, pero la señal estaba cortada.

—¡Maldita sea! ¿Y qué hago yo ahora? Será mejor que me quede aquí, pero —vaciló— si han asesinado a Gina en su habitación, pueden hacer lo mismo conmigo y hasta puede que Burgallone haya sido asesinado… Por Satanás, que lo mejor es tomar un avión y largarse de aquí.

Con el miedo enroscado en su cuerpo, comentó a hacer su maleta de forma apresurada. Sí, iría al aeropuerto y tomaría cualquier avión, no importaba adónde pudiera llevarle. Tenía que escapar de allí, alejarse del alcance de aquellas malditas mujeres que vivían a través de los siglos.

CAPÍTULO XI

Peter Wallace se percató de que aquella maligna criatura, que más parecía un ser infernal que una mujer al perder su máscara, retrocedía. Le estaba dando miedo, era evidente.

Por la dirección en que miraba la doncella, Peter descubrió que lo que había impedido su muerte era la cruz que Marisa le colgara del cuello, el símbolo del bien, de Dios.

Percatándose de que había recobrado su voluntad, el control de sus movimientos al perder fuerza la doncella, tomó la cruz y la alzó para que quedara más visible.

La mujer bufó como gato frente a perro y fue retrocediendo sin abandonar su arma con la que tratara de asesinarle.

—Te da miedo, ¿verdad? ¿Dónde, dónde están vuestras tumbas?

Aquel ser infernal lanzó un grito que era mezcla de alarido y rugido de felino superior.

Peter la siguió hasta que ella se introdujo por la puerta que descendía al sótano, cerrándola. El hombre trató de abrirla sin conseguirlo, debía de haber algún cerrojo por su parte interior.

Tuvo conciencia de que abajo él se hallaría en la más completa oscuridad, acosado por los seres infernales, y se dijo que podía volver en otro momento.

Consciente de la eficaz defensa que significaba la cruz, pues de no ser por ella habría muerto, Peter retrocedió hacia la entrada y salió del *casserolino*, regresando a la verja donde seguía el «Mercedes Benz» que tomó, puesto que las llaves estaban en el contacto.

El encendido del coche funcionó entonces perfectamente y sacándolo de aquel lugar con la marcha atrás, se dirigió al hotel de Arezzo donde él y Marisa habían tomado habitación, ya que se

habían propuesto permanecer en la ciudad toscana hasta desentrañar aquel misterio.

Llamó a la alcoba de Marisa y escuchó de inmediato la voz femenina, pegada tras la puerta.

—¿Quién es?

—Marisa, soy Peter.

De inmediato, la joven trigueña abrió la puerta y los dos se abrazaron.

—¡Peter, Peter, cuánto temía que te hubiera pasado algo!

—Pues, ya ves, estoy aquí. Déjame entrar.

Penetró en el cuarto y se quitó la chaqueta. Estaba cansado, se sentó en una butaca y preguntó:

—¿Tienes algo para beber?

—Pues no, pero si quieres, pediré algo por teléfono.

—No, no, déjalo estar. ¿Has llamado a Roma?

—Sí. Burgallone no responde, es como si hubiera desaparecido.

—Quizá sea él quien ha llegado al *casserolino*, aunque es difícil aseverarlo.

—Gina tampoco ha contestado, pero Lino sí lo ha hecho.

—Menos mal que queda alguien.

—Estaba molesto. Me ha dicho que iría a ver a Gina, que aguardase al teléfono, pero la línea se ha cortado y ya no he vuelto a saber de él.

—Ya es importante que esté vivo.

—¿De veras temes que Burgallone haya muerto?

—No quiero ocultarte nada, Marisa. Es preferible que sepas lo que ocurre o, cuando menos, hasta donde yo sé. Escucha…

Le contó lo que había ocurrido dentro del *casserolino*, terminando:

—De modo que es mejor que no te quites esa cruz del cuello ni para dormir.

—¿Crees que ellas llegan a abandonar el *casserolino* para buscar a sus víctimas?

—No puedo asegurarlo, pero tienen facultades para la traslación.

—Entonces, atacarán a cualquier persona indistintamente.

—No. Opino que escogen a sus víctimas y el resto del mundo no les interesa.

Hasta es posible que se disfracen, pueden hacernos creer que

tienen este o aque l aspecto y en realidad ser simplemente cuerpos corrompidos, calaveras. —Suspiró—. Quién sabe, todo esto carece de lógica.

—Pero, tú piensas que siguen unas formas de actuar, unos condicionamientos.

—Sí. Me guío por lo que he presenciado, aparte de lo que Carlo recopiló en su diario.

—¿Y qué es lo que crees?

—Que sus víctimas son los seres que previamente contemplan los cuadros, nadie más. Es como si se deleitaran en mostrar su desnudez y, a partir de ahí, según su pensamiento, los visitantes que se les han acercado son obscenos y por consiguiente, pecadores. Es el momento ideal para causarles la muerte y que vayan al mundo de Satanás.

—¿Quieres decir que ellas pagan a Satanás sus favores entregándoles víctimas?

—Pudiera ser, aunque nada se puede asegurar. Cualquiera diría que estamos locos al tratar de hallar explicación a estos fenómenos que sólo presenciamos los que llegamos a ver a las doncellas en sus cuadros, ya que la policía, cuando las miró, ya no estaban. Sólo eran pinturas ajadas, sin ningún valor.

—¿Quieres decir que quien hizo tapiar aquella sala comprendió realmente lo que sucedía y levantó la pared para que nadie más pudiera verlas en sus lienzos y, por tanto, acabar convertido en víctima?

—Sí. Como el *casserolino* estaba ya cargado de leyendas malignas, nadie se atrevía a bajar al sótano y derribar la pared, lo que constituía una forma de mantener encerradas a las sádicas doncellas.

—Quizá las doncellas han permanecido mucho tiempo emparedadas y ahora sacian su sed de muerte en todos nosotros.

—Sí, pero tienen un límite de tiempo a juzgar por los datos reunidos por Carlo Manfetty.

—¿Y cuál es ese límite?

—Ocho días, ocho días cada año, exactamente. Lúe* go, se retiran a sus sepulcros y esperan otro año para salir a cobrar nuevas víctima s que sólo pueden ser escogidas entre quienes contemplan los cuadros tal como ellas desean ser vistas, en su esplendor y

juventud, en su sexualidad malsana que hace concebir pensamientos obscenos cuando se las mira. Quizá todos los que con templan esas pinturas sueñan violentos amores con ellas, por eso decía Carlo que estaba enamorado de una muerta. Debió de soñar, bueno, ya me entiendes. Ella debía de atraerle al pecado que le ponía en sus manos.

—Pero ¿y Rita? Ella es mujer.

—No sabemos nunca lo que pudo pensar Rita o simplemente si esos seres hacen diferencias sexuales.

—Yo no he soñado nada anormal —dijo Marisa, muy cerca del hombre.

—Porque eres una mujer sana y equilibrada.

—¿Y tú?

—¿A ti qué te parece?

—No es una respuesta.

—Si me atacan, será por hacerte el amor a ti.

Se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

—¡Eh, espera!

—¿Esperar qué? —volvió a besarla.

—Cuidado, Peter, podemos caer en lo que ellas desean.

—Explícate —pidió perplejo.

—Puede ocurrir que, en el caso de las mujeres, aguar den a que nos entreguemos en los brazos de un hombre que también puede ser una de sus víctimas. En este caso, ya tendrían motivo para asesinarme.

—Vamos, Marisa, no creerás en todo eso, ¿verdad?

—Si eres tú precisamente quien me ha dado todas esas opiniones sobre la existencia del pecado en las víctimas antes de ser asesinadas.

Peter carraspeó. Miró las cruces y gruñó:

—Será mejor que me vaya a mi habitación a dormir, quizá sí me han calentado la sangre esas doncellas. Menos mal que tu frialdad es capaz de detener a un tanque a toda velocidad.

—Bueno, Peter, no siempre seré igualmente fría si algún día alguien me pone un anillo en el dedo y me promete fidelidad ante Dios y los hombres.

—Ya, a las españolas os gusta lo seguro.

—Nos gusta lo nuestro. ¿Qué quieres que le haga? Es mi forma

de pensar.

—Correcto, no te voy a cambiar la forma de pensar. Hasta mañana.

—Aguarda.

Fue ella ahora quien le dio un controlado y sabio beso.

—Esto no lo prohíbe nuestra moral —musitó.

—Diablos con las españolas.

Y abandonó la alcoba, dejándola sola.

CAPÍTULO XII

—Por favor, señorita, que venga un taxi inmediatamente y que preparen mi cuenta.

—¿Quiere abandonar el hotel ahora, señor?

—Sí —fue la respuesta rotunda de Lino. Tras ella, colgó el auricular.

Se quedó sentado en el lecho, su decisión era terminante. Debía de desaparecer cuanto más lejos mejor. Si el avión volaba hasta Australia, no le importaba.

Se tomaría unas vacaciones mientras cablegrafiaba a su representante para que le buscase un nuevo contrato. Estaba seguro de que el filme de las mujeres-vampiro no se continuaría rodando jamás. Rita había desaparecido y a Gina la había visto muerta.

Recordó que él y la infortunada Gina habían llegado juntos al hotel. Habían cenado en la barra de la cafetería, ambos estaban nerviosos y desasosegados.

Se habían tomado unos whiskys y Gina le había confesado que Burgallone había querido llevársela a dar una vuelta como él decía.

Lino siguió recordando a Gina que, además de inquieta, estaba falta de afectos.

Era conocida en el cine y fuera de él, pero carecía de amigos íntimos y le había confesado que se sentía mal, que su vida era una porquería.

Lino se mostró amable con ella y aquella amabilidad mutua se había transformado en mucho más dentro de la alcoba de Gina. Después, Lino la había abandonado para regresar a su cuarto.

Se había metido bajo la ducha y luego se había tendido sobre el lecho, pensando en todo lo sucedido pero no en el amor con Gina que para él, enamorado de sí mismo, no había dejado huella.

Sonó el timbre del teléfono que le arrancó de los últimos recuerdos con respecto a Gina, todavía recientes. Tomó el auricular y preguntó:

—¿Quién es?

—Señor, el taxi le aguarda.

—Bien, ahora bajo.

Tomó su maleta y abandonó la habitación. El conserje de guardia le tenía preparada la cuenta pero junto a la puerta estaba el detective del hotel, sonriéndole malicioso.

Lino se dio a todos los diablos y deseó no haber llamado a aquel granuja chantajista, mas ya no tenía remedio, por lo que extendió un cheque por un valor superior al de la cuenta y pidió:

—¿Podrían darme el cambio? Es que necesito dinero suelto.

—No es norma de este hotel hacerlo, señor, pero como es usted buen cliente y asiduo, me arriesgaré, y será para mí un placer hacerlo.

Tomó el cambio del cheque. Dio una buena propina al conserje y el resto lo puso en la mano del detective del hotel, quien se apresuró a esconder los billetes en su bolsillo.

El taxista aguardaba frente al hotel pero dentro del coche. No parecía muy amable, no se preocupaba ni de abrirle la puerta pese a que llevaba maleta.

Lino subió al vehículo e introdujo su única maleta, puesto que la mayor parte de su vestuario lo tenía en el camerino de los estudios.

—Al aeropuerto —ordenó al chófer.

El coche se puso en marcha, rodando por las calles romana s, sumidas muchas de ellas en la oscuridad. Después, salió a la carretera y Lino se sumergió en sus pensamientos mientras una extraña somnolencia le atenazaba, obligándole a cerrar los párpados mientras unos ojos bellos pero malignos lo observaban por el espejo retrovisor.

Terminó olvidando sus pensamientos y se hundió en el sueño, un sueño intranquilo que terminó convirtiéndose en una pesadilla erótica.

Lino se vio en un lugar de piedras seculares, plagado de intensos rojos y negros. Por entre aquellas cortinas de colores extraños apareció una mujer hermosísima que le sonreía. Sus largos cabellos flotaban a un viento que no existía.

Lino no comprendía, aquella mujer le recordaba algo, pero ignoraba el qué. Se le acercaba más y más, era sensual su presencia. Quiso escapar pero no pudo.

Atrapado en la pesadilla y dentro de ella por la extraña mujer, vivió el amor como si estuviera despierto.

Despertó bruscamente. Sudaba, se sentía agitado, desagradablemente molesto y con dolor de cabeza. Por un momento tuvo la impresión de que le habían drogado sin él saberlo.

—Oiga, ¿no llegamos todavía al aeropuerto? —preguntó.

Miró afuera y sólo vio oscuridad mientras el coche rodaba a gran velocidad.

—Falta poco, señor.

Quedó perplejo; la voz le había parecido femenina.

—Oiga, ¿es usted una mujer?

El ser que conducía volvió su rostro, malignamente sonriente.

Lino quedó como atontado. Ya eran demasiadas sor* presas por aquella noche.

El rostro que tenía delante era el que había aparecido en su pesadilla.

—¡No puede ser!

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó ella burlona.

—¡A usted, a usted la he visto antes…!

—Sí, claro que sí.

—¿Quién, quién es usted?

—Me llamo Sofía.

—¿Sofía?

—Sí, hace mucho tiempo que me dieron ese nombre.

—¡Su cara, la pesadilla, no, no puede ser!

La criatura que estaba ante el volante comenzó a reír. Era obvio que disfrutaba con el terror del hombre que se hallaba materialmente aplastado contra el respaldo del asiento posterior mientras el coche aceleraba, alcanzando el máximo de su potencia.

Otros vehículos pasaban raudos en dirección contraria, haciendo sonar sus bocinas en la noche ante la temeraria conducción de aquel vehículo que estaba arribando a Arezzo.

—Tome, Lino, tome; es para usted.

Por encima de su hombro, la mujer le tendió un espejo con mango que Lino tomó sin saber qué hacer. No se atrevía a saltar del

coche y tampoco a luchar contra Sofía, pues sabía que era una muerta, una muerta viva, lo que no dejaba de resultar una siniestra paradoja.

Lino, desconcertado, se contempló mecánicamente en el espejo. Pese a la escasísima luz, se vio claro. Con su coquetería, fuera de lo normal en un hombre, se retocó el cabello, pero la imagen que había en el espejo se trastocó y en vez de su cara apareció la de Sofía, la mujer que conducía el taxi. En el espejo, aquel rostro reía, reía…

—¡Pare, pare, déjeme ir, déjeme ir! —chilló. De pronto, en la carretera vio a un muchacho, apenas un niño; llevaba una mochila a la espalda—. ¡¡Cuidado!!

El chico, alcanzado por el coche, saltó como una pelota en mitad de la calzada mientras producía un extraño ruido al caer.

Sofía seguía riendo, riendo.

Lino ignoraba que habían tomado la carretera de Perugia y que estaban llegando junto al lago de Trasimeno.

Mientras los ojos de Sofía se tornaban azul oscuro, el vehículo se salió del asfalto. Rodó a gran velocidad, dando saltos entre unos terrenos de cultivo y al final saltó sobre las negras aguas, cayendo en ellas y hundiéndose rápidamente.

Lino trató en vano de abrir las portezuelas. Gritó desesperado mi entras aquel ser femenino reía y reía. El agua se filtraba dentro del automóvil, acercándose poco a poco la muerte del actor, una muerte que sería larga y enloquecedora.

Lino habría de desencajar su rostro, arañándose al tratar de ahogar a un ser que sus manos ya no conseguirían atrapar porque en aquellos instantes carecía de cuerpo. Llegó a esfumarse ante su vista mientras el nivel del agua subía dentro del auto, sumido en una completa oscuridad.

Notaba las frías aguas ya en su vientre y golpeaba, golpeaba a un lado y a otro.

Era una locura terrorífica. La presión aumentaba.

El coche se detuvo, debía de haber tocado fondo en el interior del lago toscano. El agua subió hasta su cuello y continuó pulgada a pulgada… Lino escupió, barbotó, resopló en el agua.

Hasta pegó su boca al techo del auto ante la inutilidad de su intento de abrir las portezuelas. Ni siquiera podía bajar los cristales

que semejaban bloqueados.

Sus pulmones comenzaron a llenarse de agua y sus pensamientos se enturbiaron, presididos por el espectro de una mujer que danzaba sin dejar de reír. Era la doncella llamada Sofía.

CAPÍTULO XIII

Marisa y Peter Wallace salieron de la joyería, satisfechos. En un maletín portaban las ocho cruces de plata, fundidas sin requisitos ni adornos y con el extremo más largo de las mismas, que debía de constituir la base de apuntalamiento, en forma de púa o clavo.

—Peter, ¿estás seguro de que esto irá bien?

—Creo que sí, pero no puedo asegurar nada hasta que todo haya terminado.

En el hotel les esperaba una desagradable sorpresa. El comisario Rozzio les aguardaba y la expresión de su rostro era una mezcla de suficiencia y mal humor.

—Volvemos a vernos, señor Wallace. —Inclinó la cabeza ante Marisa en ademán de saludo—. Signorina…

—Hola, comisario. ¿Qué le trae por aquí, empieza a estar preocupado?

—Sí, yo estoy preocupado y usted, en problemas.

—¿Yo? —Peter frunció su ceño, interrogante.

—Usted condujo anoche el coche que está abajo, ¿verdad?

—Bueno, abajo tengo mi «Alfa Romeo» y sí, es cierto.

—No me refiero al «Alfa Romeo», sino al «Mercedes Benz».

—Es el coche de Burgallone —puntualizó Marisa.

—¿Se refiere a él, comisario?

—Sí, pero Burgallone no parece estar en Arezzo. En cambio, a usted le vieron llegar anoche al hotel a bordo de ese coche.

—¿Tiene eso algo de malo?

—Lo suficiente como para arrestarle. Póngase de cara a la pared y levante las manos. No se pase de listo y no cometa ninguna tontería, podría resultarle peligrosa. Tengo a mis hombres vigilando el hotel.

Peter, como hallándose ante, un caso perdido, se, encogió de hombros e hizo lo que le ordenaban.

—Usted sabrá lo que hace, comisario.

Rozzio le cacheó, exclamando después:

—Parece que no usa revólver.

—¿Acaso cree que soy un rebrote de la Mafia americana?

—No sea usted sarcástico. Tengo mis motivos para arrestarle.

—¿Y le va a llevar a la cárcel? —preguntó Marisa angustiada.

Rozzio, tras comprobar que Peter iba desarmado, se sentó en una de las butacas de la habitación.

—No necesariamente, hasta que se confirme el análisis.

—¿Qué análisis? Si es que puedo preguntar algo —dijo Peter buscando unos vasos y una botella de *whisky* que tenía en su habitación.

—El análisis de sangre.

—¡Nosotros no hemos matado a Burgallone!

—¿Cómo? —inquirió de pronto el comisario.

Marisa miró a Peter, con temor de haber hablado de más.

—Marisa pregunta si usted se refiere a la sangre que ha descubierto en el parachoques del «Mercedes Benz» y que no tuvimos tiempo de limpiar anoche.

—¿Quiere decir que cuando encontró el coche para utilizarlo después ya tenía la sangre en el parachoques?

—Así es y la señorita puede confirmarlo, si es que a ella, por lo menos, la cree.

—Ustedes, los del cine —rezongó—. En fin, podría ser que sí.

—¡Es que sí! —espetó Marisa vehemente.

—Bien, bien, todo se demostrará.

—¿Qué es lo que realmente quiere demostrar?

A la pregunta de Peter, el comisario repuso:

—Intento demostrar que con ese coche atropellaron y dieron muerte a un muchacho, un excursionista, cerca de Perugia. El auto se dio a la fuga tras lo que podemos calificar de crimen.

Marisa y Peter volvieron a mirarse. Fue la joven quien dijo con voz ahogada:

—No sabíamos nada de la muerte de ningún chiquillo.

—Pues así ha sucedido. Usted condujo ese auto anoche, señor Wallace. Sería suficiente para acusarle de este atropello criminal,

pero si consigue demostrar que no era usted el chófer sino otra persona, por ejemplo, el señor Burgallone, quedará libre de sospechas.

—Quizá conociendo la hora del atropello podría demostrar que no he sido yo.

—Era sobre las dos de la madrugada. Por lo visto, el chico estaba haciendo una marcha nocturna de esas que practican los Boy-Scouts.

—¿Sobre las dos? A esa hora estaba en el hotel.

—¿Alguien puede probarlo?

—Yo puedo.

Rozzio sonrió, agregando:

—Alguien más aparte de usted, señorita. El fiscal podría acusarla de ir también dentro del coche y de no haber dado parte a la policía del hecho. ¿Se da cuenta de que se convertiría en cómplice del delito?

—¡Nosotros no atropellamos a nadie!

—Basta ya, señorita. No se esfuerce en encubrir al señor Wallace.

—¿Por qué no busca a Burgallone, comisario? —preguntó Peter.

—Lo estamos haciendo. Se busca a todos los que pudieron usar ese coche, claro que yo he encontrado al hombre que lo utilizó anoche, al hombre que puede ser acusado con testigos oculares de haberlo conducido. En cuanto a Burgallone, como no se encuentra en Arezzo, lo están buscando mis colegas de Roma. Después de todo, él también va a tener problemas, puesto que el coche causante del delito de carretera está a su nombre.

En aquel instante sonó el teléfono. Peter hizo ademán de ir en busca del auricular, pero el comisario le cortó el paso.

El americano se encogió de hombros mientras el timbre seguía sonando. Fue Rozzio quien lo descolgó.

—¿Diga?

Ni Peter ni Marisa pudieron oír lo que decía la voz que llegaba por el hilo telefónico.

—Sí, yo mismo, el comisario Rozzio.

El inspector calló para escuchar lo que le decían.

—¿Está seguro? —nueva pausa—. ¿Lo han comprobado?

Le vieron esbozar un rictus de disgusto en su rostro. Luego, el

comisario se despidió.

—Bien, gracias.

Colgó el teléfono.

—¿Qué comisario, malas noticias?

—Según como se mire. Para ustedes son buenas. Acaba de comprobarse que la sangre hallada en el parachoques del «Mercedes» no es del mismo tipo que la del joven muerto.

—Desgraciadamente, accidentes como el de ese muchacho Boy-Scout se producen con frecuencia —dijo Marisa.

—Sentimos que se vaya decepcionando, comisario. Para usted debe de ser una pena no poder meternos en la cárcel.

—No me crean tan rencoroso con respecto a los cineastas. El otro día pensé que ustedes querían utilizarme para una publicidad gratuita, pero no es eso. —Hizo una pausa para sacar un pitillo de su bolsillo, colocarlo entre sus labios y prenderle fuego—. Sin embargo, averiguaré a quién pertenece la sangre del parachoques. No cabe ninguna duda de que ese coche ha atropellado a alguien. No habrá utilizado al perro muerto para manchar el parachoques y llamar así la atención, ¿verdad, señor Wallace?

—Comisario, se está pasando de listo. Al perro no lo maté yo ni ha sido utilizado para nada, puesto que lo enterré en el jardín del *casserolino*. Claro que si se acerca a ese maldito lugar hallará huellas de sangre en la verja. Sea lo que fuere lo que atropellaron con ese coche, fue contra la verja de la entrada a l *casserolino* de las doncellas.

—De acuerdo, de acuerdo. No estará de más ir por allá a dar un vistazo, aunque me temo que no encontraré nada.

—Si no encuentra nada y se siente decepcionado, lo esperamos frente al *casserolino* a las cinco de la madrugada.

—¿A las cinco de la madrugada, está usted loco?

—¿No es usted de los que madrugan?

—Soy un funcionario público y no un mochuelo que revolotea por las noches entre las históricas piedras de nuestra ciudad.

Tras aquellas palabras, el comisario salió de la habitación dando un portazo, se sentía de mal humor por el ridículo que acababa de hacer ante la pareja extranjera, acusándoles de un delito que ya era obvio no habían cometido.

CAPÍTULO XIV

Peter Wallace recogió el maletín con las cruces de plata y salió al corredor en el preciso instante que lo hacía Marisa. Habían quedado en reunirse a una hora determinada y ambos relojes parecían marchar con exactitud.

—¿Lista, Marisa? Puedes quedarte aquí si lo deseas.

—No, prefiero ir contigo, aunque no puedo negar que tengo miedo.

—Estás a tiempo de quedarte.

—Si tú crees que es el mejor momento, sigamos adelante aunque todos, en especial el comisario Rozzio, crean que estamos locos.

En el «Alfa Romeo» recorrieron el camino entre el hotel y el *casserolino* que, bajo una noche de gran luna y cerca de la amanecida, aparecía frío y lúgubre como siempre.

La verja de entrada no les ofreció ninguna resistencia, y rodaron con el automóvil deportivo hasta detenerse frente a la puerta de la pétrea edificación.

—He traído dos linternas por si falla una y una palanca de gran resistencia.

—¿Qué quieres hacer con ella?

—Ya lo veremos cuando llegue el momento. Deja tu cruz bien al descubierto, es la única defensa que tenemos contra ellas, son inatacables con la fuerza física o cualquier tipo de arma. Aquí no sirven cuchillos ni pistolas, jamás podríamos matarlas porque ya fueron ejecutadas y, aunque parezca paradójico, siguen existiendo.

Dejaron el coche y preparados con las linternas, car gado Peter con el maletín y la palanca de acero, penetraron en el sangriento *casserolino*.

Peter no perdió tiempo. Fue abriendo luces y se encaminó

directamente a la puerta que daba al sótano, cerrada por su interior.

—Habrá que reventarla. Por aquí desapareció esa doncella del averno.

Introdujo la palanca entre la jamba y la puerta. Con esfuerzos, logró reventarla y la puerta se abrió ante ellos cuando un alarido espeluznante los detuvo, paralizándoles casi por completo.

—Peter, ¿qué ha sido eso?

—Parece el grito de un hombre.

—¿Estás seguro?

—Sí, creo que sí. Vayamos con cuidado.

Descendieron las escalinatas del sótano rápidamente y aún a distancia, observaron algo que llamó su atención.

—Mira, Peter, parece que hay un poco de luz en la sala de las doncellas.

Con los haces de sus linternas por delante, cruzaron el muro reventado y descubrieron un espectáculo horripilante.

—Es, es… —balbució Marisa mientras volvía la cara, llena de espanto.

—Sí, es el comisario Rozzio.

—Dios, qué brutalmente lo han asesinado.

La linterna que el propio comisario debía de empuñar antes de ser asesinado, yacía en el suelo, iluminando su propio rostro distorsionado por el pánico y el dolor mientras la horquilla de doble púa permanecía clavada entre sus ojos.

—Le citamos aquí y se ha querido adelantar a la hora. No creía en la existencia de las doncellas y al fin las ha encontrado.

—¡Esto es horrible!

—Sí, lo es. La puerta de Rozzio es la que tenían reservada para mí, pero escapé por llevar la cruz que tú me regalaste. Rozzio no llevaba ninguna cruz que detuviera la maldad satánica de esas doncellas del averno.

Peter enfocó los lienzos y allí volvían a aparecer las bellas pero malignas doncellas. Todas, absolutamente todas, sonreían.

Marisa, sobrecogida por aquellas sonrisas mientras las mujeres pintadas semejaban cobrar vida, musitó:

—Tengo miedo, Peter; salgamos de aquí.

—No, ahora no puede ser. Ellas están aquí, rodeándonos. Estoy seguro de que si no llevábamos las cruces con nosotros saltarían de

esos óleos y nos asesinarían en la forma más sádica y desagradable que pudieran.

La presencia de las cruces las detiene, las aplasta en esos cuadros.

—Hablas como si ellas fueran de cuerpo y alma.

—No sé lo que son, pero viven en una dimensión distinta a la nuestra, una dimensión que desconocemos. Tienen poderes que para nosotros son totalmente incomprensibles, no en vano son sacerdotisas de Satanás.

Las pinturas seguían sonriendo, era como un triunfo todo lo conseguido y así lo observó Marisa.

—Parece que el despertar de este año las ha llenado de satisfacción.

—Han conseguido todas las víctimas que desean. Quizá podían haber asesinado a Carlo mucho antes, pero prefirieron que él fuera el punto de enlace con más víctimas propicias y acertaron.

—Yo tengo la culpa de todo.

—No digas tonterías, Marisa, fue el destino el culpable. La electricidad que falló en un momento de rodaje.

—¡Mira, Peter, mira, el cuerpo del comisario parece desintegrarse!

En efecto, el cadáver de Rozzio se estaba descomponiendo de forma extraña mientras se reducía de volumen hasta terminar desapareciendo por completo sobre las losas del suelo.

—¿Adónde se lo habrán llevado?

—Hay que averiguarlo, Marisa, porque ese lugar es precisamente el que nos interesa.

Peter enfocó de nuevo los lienzos y descubrió que las doncellas habían desaparecido. Sólo podían verse ya los cuadros ajados, sucios y negruzcos.

—Se han marchado todas, parece que ya están satisfechas por este año. —Consultó su reloj y añadió—: Es la hora justa en que fueron ejecutadas, su aparición anual ha terminado. Ahora, deberán dormir satisfechas tras la entrega de tantas víctimas a Satanás hasta el año próximo y éste es nuestro momento.

Peter arrancó los cuadros de las paredes, tirándolos al suelo, buscando tras ellos algo que pudiera delatar algún conducto secreto. Mas, los muros aparecían macizos, y así, hasta desclavar el último

de los ocho óleos.

—Es desesperante, Peter, jamás lo hallaremos —gimió la muchacha.

—Tiene que estar por aquí…

Peter se volvió hacia donde el comisario había caído sacrificado y tuvo una idea. Se arrodilló y, con la palanca, comenzó a golpear aquellas grandes losas.

Una de ellas sonaba más hueca que las otras y pidió a Marisa:

—Sostén la linterna, por favor.

—¿Has encontrado algo?

—Todavía no lo sé.

Comenzó a raspar la unión entre las losas hasta dejar suelta la que había elegido. Haciendo fuerza con la palanca, fue izándola milímetro a milímetro, puesto que resultaba muy pesada. Al fin, consiguió montarla sobre las compañeras.

Aquellas piedras tendrían tres por tres pies y resultaban enormemente pesadas. Por ello, se quitó la chaqueta y, al hacerlo, se le cayó la cruz al interior del agujero que acababa de dejar al descubierto.

—Hay que bajar ahí.

—Peter, será mejor dejarlo.

—No, hay que continuar ahora que hemos encontrado el pasadizo que posiblemente conduce a los sepulcros de las doncellas. Fueron sepultadas lejos del camposanto pero, por respeto a sus egregias familias, las enterraron secretamente para que las tumbas no fueran violadas y sus cuerpos arrastrados.

Le entregó la linterna y descendió al interior del agujero gracias a unos peldaños de hierro fijados a la pared de aquella especie de pozo rectangular.

—¿Está muy hondo? —le preguntó Marisa desde arriba.

—No, pero huele mal, muy mal.

—¿Qué hago ahora?

—Echa el maletín y la palanqueta.

—Puedo darte a ti.

—Me apartaré. Aquí hay un túnel que es por donde debieron de llevarse los ataúdes hace seis siglos.

—Está bien, escóndete.

Peter se metió en el túnel y tuvo la desagradable sensación de

que tras él había algo o alguien que, además, apestaba. Temiendo estar en peligro al observar que ya no llevaba la cruz, avanzó de regreso al pozo que descendía hasta el túnel, pues acababa de oír un bufido de bestia maligna.

En aquel momento, cayó el maletín, abriéndose, cuando un rostro perverso y horrible de mujer aparecía por el túnel. Las cruces de plata quedaron al descubierto, se escuchó un fortísimo bufido y el espectro desapareció.

—Peter, ¿estás bien?

—Sí —respondió sin decirle lo que acababa de suceder y lo cerca que había estado de la muerte.

Marisa descendió al pozo. Peter recogió las cruces de plata y la suya propia, que recuperó gracias a la luz de la linterna.

—Me temo, Marisa, que no vamos a encontrar un espectáculo agradable al final de este túnel. Sería mejor que te quedaras aquí.

—No, sigo adelante contigo.

—Pues, no perdamos más tiempo.

El túnel era largo, angosto. Los ataúdes debían de haber sido llevados por allí entre dos hombres, situados uno a los pies y el otro a la cabecera, pues cuatro, a parejas, no cabían.

El hedor fue haciéndose más insoportable a medida que avanzaban.

El túnel se hizo más amplio y en el suelo descubrieron lo más horrible que podían haber visto en sus vidas: restos de cadáveres humanos, calaveras completas y, sobre ellas, cuerpos que conocían bien en las más diversas posturas, con los gestos más horrorizados, ya que todos habían hallado la muerte en forma violenta y dolorosa.

—¡Peter, qué horror, están todos, todos!

—Sí, el comisario, Lino, Gina, Rita, Burgallone y Carlo. Los demás son ya de mucho tiempo atrás.

—Dios mío, a cuánta gente han asesinado.

—Sí, a lo largo de los siglos han ido dando rienda suelta a su sadismo.

Pasaron entre aquellos restos humanos que apestaban, que sobrecogían, y consiguieron llegar al otro lado.

Allí, en semicírculo y sobre losas de piedra, estaban colocados los ocho ataúdes bien cerrados. Sólo tenían un nombre, ningún símbolo.

—Ellas están aquí, es su momento de descanso. Se encierran en sus féretros como perlas dentro de las ostras, sólo que son perlas negras, malignas, satánicas. Todo un collar para el rey del averno.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ya lo verás.

Puso la palanqueta en el cierre del primer ataúd y lo reventó, levantando la tapa.

Allí estaba la doncella, mirándole con los ojos abiertos pero sin moverse. Sus aspecto era temeroso ahora.

—¡Peter, está viva, viva, y parece tener miedo!

—No caigas en la trampa, Marisa. Quiere salvarse a través de la piedad, pero no lo conseguirá. Es maligna, sádica y satánica.

Sacó una de las cruces que puso sobre el pecho de la doncella y golpeó con la palanqueta hasta traspasarla por completo a la altura del corazón, clavando su cuerpo a la base del féretro de madera que, sorprendentemente, había resistido el paso de los siglos.

A cada golpe que daba, un espeluznante alarido brotaba por la boca de la doncella que se transfiguraba de forma horrible.

Por segundos, su piel fue ajándose, pudriéndose su carne hasta convertirse en polvo. Al final, quedó un esqueleto ensartado por la cruz de plata que lo fijaba al interior del ataúd en forma definitiva.

Marisa, incapaz de resistir tan terrible espectáculo, se mareó hasta perder el sentido. Peter la miró pero no la volvió en sí y prosiguió su labor de reventar ataúdes, llevando a cabo idéntica operación hasta terminar con las ocho doncellas mientras resonaban en sus oídos los múltiples y espeluznantes alaridos que se habían proferido en el interior de aquella cueva.

Cuando terminó, cargó el cuerpo de Marisa sobre su espalda y retrocedió hasta el pozo. Trepó por él y depositó a la joven cuidadosamente en el suelo.

Cubrió el pozo con la losa y amontonó los cuadros sobre ella. Sacó el mechero y les prendió fuego. En aquella ocasión, sí ardieron. Ellas ya habían perdido todo su poder de Satanás.

Marisa comenzó a toser. El humo de los cuadros era hediondo y Peter Je cacheteó ligeramente las mejillas.

La joven, atontada, se dejó llevar hacia el exterior donde todavía era de noche y hacía frío.

El «Alfa Romeo» seguía en su sitio, pero algo había cambiado.

Era como si los olivos del olvidado jardín adquirieran nueva vida, nueva savia… El *casserolino* había dejado de ser maldito.

—Peter, ¿adónde vamos?

—Creo que es mejor olvidar todo lo que ha ocurrido aquí pese a que buscarán a los que abajo están muertos.

El mundo los dará por desaparecidos como a tantos y tantos hombres y mujeres que desaparecen cada día.

—Pero ¿y nosotros?

—Creo que conozco a un afable monseñor al que deberemos visitar.

—¿Para qué? —preguntó ella mientras Peter ponía en marcha el «Alfa Romeo», haciendo roncar su motor con fuerza.

—Para pedirle que nos case, vamos, si a ti te parece bien y no temes que por unirte conmigo te asesinen las fuerzas del averno.

—¡Oh, Peter, Peter!

Le abrazó mientras Peter, conduciendo con una sola mano, se alejaba del *casserolino* de las doncellas.

FIN